

Ecos de las alianzas dinásticas entre Francia y España en la imprenta andaluza durante los siglos XVI, XVII y XVIII*

Echoes of the dynastic alliances between France and Spain in the Andalusian press during the 16th, 17th and 18th centuries

Inmaculada Arias de Saavedra
Universidad de Granada.

Resumen: Durante la Edad Moderna dos grandes potencias hegemónicas europeas, España y Francia, realizaron importantes alianzas dinásticas por medio de matrimonios de miembros de las familias reales de ambos países. En este trabajo se analiza cómo la imprenta andaluza se hizo eco de estas alianzas matrimoniales. Se da noticia y se explota el contenido de una serie de obras impresas, editadas principalmente en las dos ciudades que tuvieron la industria impresora más importante de Andalucía durante los tres siglos de la Modernidad, Sevilla y Granada. Con esta aportación se pretende un doble objetivo: analizar el punto de vista de los contemporáneos sobre estos enlaces reales, al mismo tiempo que dar visibilidad a impresos poco conocidos y ponerlos a disposición de los investigadores.

Palabras clave: Bodas reales, Política exterior, España, Francia, Imprenta andaluza, siglos XVI, XVII y XVIII.

Abstract: During the Modern Age two major European hegemonic powers, Spain and France, made important dynastic alliances through marriages of members of the royal families of both countries. This paper analyzes how the Andalusian printing press echoed these marital alliances. We will study the content of a series of printed works, edited mainly in the two cities with the most important printing industry in Andalusia during the three centuries of Modernity: Seville and Granada. With this contribution a double objective is sought: understanding the point of view of the contemporaries on these real marriages, and also giving visibility to little-known printed books and making them available to researchers.

Keywords: Royal weddings, Foreign policy, Spain, France, Andalusian printing, 16th, 17th and 18th centuries.

* Recibido el 18 de enero de 2018. Aceptado el 7 de marzo de 2018.

Ecos de las alianzas dinásticas entre Francia y España en la imprenta andaluza durante los siglos XVI, XVII y XVIII¹

Bodas reales entre España y Francia

Durante la Edad Moderna las estrategias matrimoniales de las casas reales fueron un importante instrumento de las políticas dinásticas de las diferentes potencias europeas. Las bodas de los miembros de las familias reales, especialmente de los reyes y reinas y de sus hijos, sobre todo si eran herederos, trascendían el carácter de acontecimientos privados, para convertirse en importantes eventos de política internacional, de gran repercusión política y social. Dado que los reyes y los príncipes herederos solían contraer matrimonio en su propio país, las bodas por poderes de las princesas en sus países de origen, los viajes hacia las cortes de destino, su entrega en la frontera del país que las recibía, así como los matrimonios canónicos definitivos en el país de acogida, eran acontecimientos de gran repercusión, que generaban gran profusión de festejos, civiles y religiosos y que eran objeto de una gran expectación social.

No es extraño que, dados los medios de comunicación de la época, surgieran publicaciones que se hicieran eco de todos ellos, trasladando a un público más amplio del que se veía directamente implicado en el acontecimiento, información sobre el acontecer de estos eventos, que solían estar revestidos de una gran solemnidad, y daban lugar a vistosos desfiles, fiestas y regocijos, capaces de impresionar a un amplio público y de permanecer en la memoria de sus protagonistas, así como de los lugares en que se desarrollaban estos alegres sucesos. Quizá de todas las publicaciones que se producían, las más características eran las *Relaciones*, donde se describían todos estos eventos con gran lujo de detalles, unos impresos, por lo general muy breves, que no solo tenían un carácter claramente informativo², pues servían para dar noticia del acontecimiento con todo lujo de detalles, sino que poseían una clara dimensión publicística y política, ya que eran un medio más que contribuía a generar adhesiones a la familia real y a la dinastía³. Estas relaciones no solo se imprimían en la corte o en los lugares más directamente implicados como escenarios de los hechos, sino también en el conjunto del país. En este estudio me propongo dar noticia de las publicaciones surgidas en las imprentas andaluzas con motivo de las bodas realizadas entre la familia real española y la familia real francesa durante los siglos XVI, XVII y XVIII.

Durante la Edad Moderna las alianzas matrimoniales entre España y Francia no fueron demasiado frecuentes. Parece lógico si se tiene en cuenta que, desde los inicios de la modernidad y durante buena parte de los siglos XVI y XVII, ambos países fueron potencias rivales, cuando no enemigas, que se disputaron la hegemonía en el conjunto

¹ Investigación realizada en el marco del proyecto HAR2014-52850-C3-2-P, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

² Víctor INFANTES, “Qué es una relación? (Divagaciones varias sobre una sola divagación)”, en M^a Cruz GARCÍA DE ENTERRÍA, Henry ETTINGHAUSEN, Víctor INFANTES y Augustin REDONDO (coords.), *Las relaciones de sucesos en España (1500-1750)*, Alcalá de Henares, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá y Publications de la Sorbonne, 1996, pp. 203-216.

³ Augustin REDONDO, “Les «relaciones de sucesos» dans l’Espagne du siècle d’or: un moyen privilégie de transmission culturells”, *Cahiers de l’FUFU d’Études Ibériques et Latino-Américains*, 7, 1989, pp. 55-67.

Europeo. Las dos potencias, por tanto, con sus estrategias matrimoniales, buscaron alianzas con otros países que contribuyeran a apuntalar su fuerza e influencia y aislar a su rival. En el caso concreto de la Monarquía Hispánica, desde fecha muy temprana los Reyes Católicos con su numerosa prole emprendieron una política matrimonial⁴ destinada a aislar a Francia por medio de enlaces con Portugal, el Imperio e Inglaterra, una exitosa política que tuvo como efecto, que debió mucho también al azar y a la mortalidad temprana, la confluencia de un Imperio universal en la figura de Carlos V.

En los reinados siguientes, una vez segregado el Imperio de la Monarquía Hispánica en una dinastía hermana, la de los Habsburgo de Viena, continuarían las líneas maestras de esta política matrimonial, y a partir de entonces los enlaces más frecuentes se producirían sobre todo con sus parientes, miembros de la familia imperial de Viena. Pese a que el derecho canónico prohibía casarse entre familiares hasta la octava generación, en el caso de los miembros de la familia real las dispensas papales permitieron matrimonios mucho más cercanos, en unos enlaces consanguíneos donde el factor de la pureza de la sangre como elemento legitimador del poder contó mucho a la hora de elegir a los cónyuges⁵, lo que ocasionó una fuerte dosis de endogamia⁶, que, como es bien sabido, a la larga contribuiría a minar la propia pervivencia de la dinastía. Esto no significa que durante los siglos XVI y XVII no se produjeran enlaces con Francia⁷. En algunos momentos, como fruto de paces coyunturales que suponían el cese de hostilidades entre estos eternos rivales, se contrajeron algunos enlaces entre las familias reales de Francia y España, pero distan mucho de ser la tónica más frecuente entre los enlaces de la familia real española bajo la dinastía de los Austrias.

Con el advenimiento de los Borbones a la corona española, en un escenario en que España había sido relegada hacía tiempo a potencia de carácter más secundario, la política exterior cambió y España y Francia de eternos rivales pasaron a aliados naturales. No obstante, en este nuevo contexto no fueron tampoco muy frecuentes las bodas entre las familias reales de ambos países. A diferencia de la etapa anterior en que en las alianzas dinásticas primó el factor de la pureza de la sangre, durante este periodo este factor se devaluó, de modo que la cantera de matrimonios reales estuvo determinada en mayor medida por razones estratégicas y económicas; ya no solo se buscaba a las hijas de los grandes linajes monárquicos europeos, sino que se dio paso a princesas de sangre y linaje menos prestigioso, que podían aportar ventajas económicas y territoriales. Buen ejemplo de ello serían los enlaces de Felipe V con princesas italianas cuyos padres no eran reyes –M^a. Luisa Gabriela de Saboya e Isabel de Farnesio, hijas respectivamente de los duques de Saboya y Parma- o del malogrado Luis I con M^a. Luisa de Orleans, cuya madre era una hija legitimada de Luis XIV. España siguió buscando la cantera de matrimonios reales con Portugal, y se abrió a otras posibilidades nuevas, especialmente a potencias italianas, algunas de ellas auténticas

⁴ Luis SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Los Reyes Católicos: El camino hacia Europa*, Madrid, Rialp, 1990.

⁵ “Los reyes Habsburgo de España eligieron de forma sistemática y preferentemente a las hijas de sus hermanas para contraer matrimonio, por lo que era frecuente la celebración de enlaces entre tío-sobrina y entre primos hermanos paralelos”, Margarita GARCÍA BARRANCO, *Antropología histórica de una élite de poder: Las reinas de España*. Tesis Doctoral inédita, Granada, Universidad de Granada, 2007, p. 165.

⁶ “Entre 1543 y 1679 hubo catorce matrimonios de Habsburgo españoles, varones y hembras. Seis de ellos fueron con otros Habsburgo”. Edward WHEATCROFT, *Los Habsburgo*, Barcelona, Planeta, 1996, p. 191.

⁷ Françoise HILDESHEIMER, “Une histoire de familles”, en *Du Siècle d’Or au Grand Siècle. L’Etat en France et en Espagne (XVIe-XVIIe siècles)*, Paris, Flammarion, 2000, pp. 18-22.

dinastías hermanas, instauradas por los borbones españoles a través de una política exterior más pendiente de los intereses dinásticos que de los intereses auténticamente nacionales.

Alianzas matrimoniales con Francia (S. XVI-XVIII)

España	Francia	Año
Leonor de Austria	Francisco I	1530
Felipe II, rey de España	Isabel de Valois	1560
Príncipe heredero Felipe (IV) e infanta Ana de Austria	Isabel de Borbón y Luis XIII de Francia	1615
Infanta María Teresa de Austria	Luis XIV de Francia	1659
Carlos II	M ^a . Luisa de Orleans	1679
Príncipe heredero Luis (I) Infanta Mariana Victoria*	Luisa Isabel de Orleans Luis XV*	1721
Carlos (III)*	Felipa Isabel de Orleans*	1722
Infante Felipe, duque de Parma	Luisa Isabel de Francia	1739
Infanta M ^a . Teresa Rafaela	Delfin de Francia, Luis Fernando	1745

*Compromisos que no llegaron a matrimonio

Durante la época moderna se concertaron once compromisos matrimoniales entre las monarquías francesa y española, de los cuales solo se llevaron a efecto nueve. Solo cuatro reyes contrajeron matrimonio con princesas francesas que, por consiguiente, fueron reinas consortes de España⁸: Felipe II, que se casó en terceras nupcias con Isabel de Valois⁹, Felipe IV, que siendo aún príncipe heredero, contrajo matrimonio con Isabel de Borbón¹⁰; Carlos II, cuyo primer matrimonio fue con M^a Luisa de Orleans¹¹ y el

⁸ Sobre la significación de la figura de las reinas, véase: Fanny COSANDEY, *La reine de France. Symbole et pouvoir, XVe-XVIIIe siècle*, Paris, Gallimard, 2000; M^a Victoria LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, “La construcción de una reina en la Edad Moderna: Entre el paradigma y los modelos”, en M^a Victoria LÓPEZ-CORDÓN y Gloria FRANCO (coords.), *La Reina Isabel y las reinas de España: realidad, modelos e imagen historiográfica*, Madrid, Fundación Española de Historia Moderna, 2005, pp. 309-338; M^a de los Ángeles PÉREZ SAMPER, “La figura de la reina en la monarquía española de la Edad Moderna: poder, símbolo y ceremonia”, en M^a Victoria LÓPEZ-CORDÓN y Gloria FRANCO (coords.), *La Reina Isabel..., op. cit.*, pp. 275-307.

⁹ Isabel de Valois, hija menor de Enrique II de Francia y Catalina de Médicis, contrajo matrimonio en 1560. Reina consorte de España entre 1560 y 1568, de su matrimonio nacieron dos hijas, Isabel Clara Eugenia, gobernadora de los Países Bajos y Catalina Micaela, duquesa de Saboya. Agustín GONZÁLEZ DE AMEZUA, *Isabel de Valois, Reina de España. Estudio biográfico*, Madrid, Gráficas Ultra, 1949, 3 vols.; del mismo autor: *Una reina de España en la intimidad: Isabel de Valois 1560-1568*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1944; M^a José RODRÍGUEZ SALGADO, “Una perfecta princesa. Casa y vida de la reina Isabel de Valois (1559-1568). Primera parte”, *Cuadernos de Historia Moderna*, Anejo II, Serie monografías: Carlos GÓMEZ CENTURIÓN (coord.), *Monarquía y Corte en la España Moderna*, Madrid, 2003, pp. 39-96; Enrique JUNCEDA AVELLO, *Ginecología y vida íntima de las reinas de España*, Madrid, Temas de Hoy, 1991, pp. 113-148; Carlos FISAS, *Historia de las reinas de España: la Casa de Austria*, Barcelona, Ed. Planeta, 1999, pp. 63-83.

¹⁰ Isabel de Borbón, hija de Enrique IV y de su segunda esposa, María de Médicis, contrajo matrimonio con el heredero de España, futuro Felipe IV, en 1615. Fue reina consorte de España entre 1621 y 1644. Aunque tuvo ocho hijos, solo dos superaron la infancia, la primogénita, infanta M^a Teresa, casada con Luis XIV de Francia, y el príncipe Baltasar Carlos que moriría sin llegar a cumplir los 15 años. Sobre esta reina véase: Enrique JUNCEDA AVELLO, *Ginecología y vida íntima..., op. cit.*, pp. 173-185; Carlos FISAS, *Historia de las reinas..., op. cit.*, pp. 173-185.

¹¹ Hija del duque de Orleans, hermano menor de Luis XIV, y de la princesa Enriqueta Ana de Inglaterra hija de Carlos I, contrajo matrimonio en 1679 con el rey de España, siendo reina consorte hasta su muerte

efímero Luis I, que siendo príncipe heredero contrajo matrimonio con Luisa Isabel de Orleans¹².

El resto de los miembros de la familia real que contrajeron matrimonio con franceses fueron: Leonor de Austria, que contrajo matrimonio con el rey de Francia Francisco I¹³; la infanta Ana de Austria, que se casó con Luis XIII¹⁴ –al tiempo que su hermano Felipe lo hacía con Isabel de Borbón-, en 1615, en una doble boda; la infanta María Teresa, casada con Luis XIV de Francia¹⁵; el infante Felipe de Borbón Farnesio, duque de Parma, que se casó con Luisa Isabel de Francia en 1739¹⁶ y, por último, su hermana la infanta M^a Teresa Rafaela, que contrajo matrimonio con el delfín de Francia, Luis Fernando, en 1745¹⁷.

en 1689. No tuvo hijos. Michel BASSENNE, *La vie tragique d'une reine d'Espagne, Marie-Louise de Bourbon-Orleans, nièce de Louis XIV*, Calmann-Levy, 1939; Manuel IZQUIERDO HERNÁNDEZ, *María Luisa de Orleans*, Madrid, 1944; DUQUE DE MAURA, *María Luisa de Orleans. Leyenda e historia*, Madrid, Ed. Saturnino Calleja, 1945; Enrique JUNCEDA AVELLO, *Ginecología y vida íntima...*, *op. cit.*, pp. 205-232; Carlos FISAS, *Historia de las reinas...*, *op. cit.*, pp. 147-157.

¹² Luisa Isabel de Orleans era hija del duque de Orleans, regente de Francia durante la minoría de Luis XV, y de Francisca M^a de Borbón, hija legitimada de Luis XIV de Francia. Contrajo matrimonio en 1721, cuando solo contaba 12 años de edad, con el príncipe heredero de España que solo tenía 15 años; era parte de una proyectada triple boda entre Francia y España, de la que solo se celebraría esta. En 1724, por abdicación de su suegro Felipe V, fue reina consorte durante siete meses, hasta la prematura muerte de su esposo Luis I. El matrimonio no tuvo hijos. Sobre ella véase: Carlos FISAS, *Historia de las reinas...*, *op. cit.*, pp. 49-57; Alfonso DANVILA, *Luis I y Luisa Isabel de Orleans. Un reinado relámpago*, Madrid, Alderabán Ediciones, 1997; José CALVO POYATO, *Reinas viudas de España*, Barcelona, Península, 2002; Alejandra VALLEJO-NÁGERA, *Locos de la historia: Rasputín, Luisa Isabel de Orleans, Mesalina y otros personajes egregios*, Madrid, La esfera de los libros, 2006, pp.301-439.

¹³ Leonor era hija primogénita de Felipe I y Juana I de Castilla. Para ella fue su segundo matrimonio, pues era viuda del rey de Portugal Manuel I. Su matrimonio francés en 1530 fue consecuencia de la Paz de Cambrai, o de las Damas, entre Francia y España, que había tenido lugar el año anterior. Emilio BELADIEZ, *Españolas reinas de Francia*, Madrid, Ed. Prensa Española, 1979, pp. 169-207.

¹⁴ Ana M^a Mauricia de Austria era hija primogénita de Felipe III y Margarita de Austria. Fue reina consorte de Francia entre 1615 y 1643 y madre de Luis XIV. Sobre ella: Emilio BELADIEZ, *Españolas reinas de Francia...*, *op. cit.*, pp. 209-277; Claude DULONG, *Anne d'Autriche, mère de Louis XIV*, Paris, 1980; Simone BERTIÈRE, *Les Reines de France au temps des Bourbons. I. Les Deux Régentes*, Paris, Ed. Fallois, 1996; Bartolomé BENNASSAR y Jean Pierre DEDIEU, "Reflexions à propos de la mort d'Anne d'Autriche: le thème des Vanités et des fins dernières dans l'Espagne du XVII^e siècle", en *L'Age d'Or de l'influence espagnole. La France et l'Espagne à l'époque d'Anne d'Autriche, 1615-1666*, Mont-de-Marsan, Éditions Interuniversitaires, 1991, pp. 101-112 y Bartolomé BENNASSAR, *Reinas y princesas del Renacimiento a la Ilustración: El lecho, el poder y la muerte*, Barcelona, Ed. Paidós, 2007, pp. 15-28.

¹⁵ Hija menor de Felipe IV y de Isabel de Borbón, contrajo matrimonio con Luis XIV de Francia en 1659, como consecuencia de la Paz de los Pirineos. Fue reina consorte de Francia entre 1659 y su muerte en 1683. Tuvo seis hijos, pero solo el mayor, Luis, conocido como el gran delfín, alcanzaría la edad adulta, sin llegar a reinar a causa de la longevidad de Luis XIV. Emilio BELADIEZ, *Españolas reinas de Francia...*, *op. cit.*, pp. 279-311; Joëlle CHEVÉ, *Marie-Thérèse d'Autriche: Épouse de Louis XIV*, Paris, Pygmalion Editions, 2008; Simone BERTIÈRE, *Les Femmes du Roi-Soleil*, Paris, Éditions de Fallois, 1998 y Antonia FRASER, *Les Femmes dans la vie de Louis XIV*, Paris, Flammarion, 2007.

¹⁶ Luisa Isabel de Francia era hija del rey Luis XV de Francia y de su esposa María Leszczyńska; contrajo matrimonio en 1739 con el infante Felipe, tercer hijo del rey Felipe V de España y de su segunda esposa Isabel de Farnesio. Fue duquesa consorte de Parma, desde 1748 hasta su muerte en 1759. Tuvo tres hijos, una de ellos, María Luisa, sería la esposa de Carlos IV.

¹⁷ María Teresa Rafaela, quinta hija del matrimonio entre Felipe V y de su segunda mujer Isabel de Farnesio, en 1745 contrajo matrimonio con el delfín Luis Fernando de Francia (primogénito de Luis XV y de su esposa María Leszczyńska), en un momento de reconciliación entre Francia y España tras el fallido

Las imprentas de Sevilla y Granada y las bodas reales

Las bodas reales entre España y Francia tuvieron eco en Andalucía, a través de la producción impresa de diversas relaciones sobre estos acontecimientos que se editaron sobre todo en Sevilla y Granada, las dos urbes más importantes de la región, que contaban ambas con imprentas de las más importantes de España durante el Antiguo Régimen.

Sevilla, la ciudad más importante de Andalucía e incluso de España en los primeros siglos de la modernidad, gracias al protagonismo adquirido por el monopolio del comercio con las Indias, desde la última década del siglo XV contó con la gran innovación tecnológica de la imprenta. La historia de la imprenta sevillana durante la modernidad se conoce relativamente bien, gracias a estudios clásicos¹⁸ como a trabajos más recientes¹⁹. La producción tipográfica sevillana, que se ha podido reconstruir en sus líneas maestras²⁰, débil en un principio, pronto se consolidó y expandió, convirtiéndose la ciudad andaluza en el primer centro impresor del país durante el siglo XVI, debido sobre todo a que fue el principal abastecedor de libros a la América hispana²¹.

Sin llegar a la importancia de Sevilla, Granada también fue una ciudad muy importante en el conjunto de la monarquía hispánica durante la Edad Moderna, gracias sobre todo al elenco de instituciones que tuvieron su sede en ella (Chancillería, Capitanía General, Arzobispado, corregimiento de primera clase, Universidad, tribunal de la Inquisición...). También contó con una imprenta temprana, que, aunque más débil que la sevillana, se fue consolidando a lo largo de los siglos modernos, hasta llegar a sus valores más altos en el siglo XVIII. La historia de la imprenta granadina ha sido

matrimonio entre su hermana la infanta M^a Ana Victoria y Luis XV. Murió como consecuencia del parto de su única hija, M^a Teresa, que también moriría prematuramente.

¹⁸ Entre los primeros se cuentan los trabajos de Joaquín HAZAÑAS y LA RUA, *La imprenta en Sevilla. Ensayo de una historia de la tipografía sevillana y noticias de algunos de sus impresores desde la introducción del arte tipográfico en esta ciudad hasta el año de 1800*, Sevilla, Imp. de la Revista de los Tribunales, 1892 (reeditada después: Joaquín HAZAÑAS y LA RUA, *La imprenta en Sevilla: noticias inéditas de sus impresores desde la introducción del arte tipográfico en esta ciudad hasta el siglo XIX*, Sevilla, Diputación Provincial, 1945-1949, 2 vols.); José GESTOSO Y PÉREZ, *Noticias inéditas de impresores sevillanos (Obra póstuma)*, Sevilla, Gómez Hnos., 1924; Santiago MONTOTO, *Impresos sevillanos*, Madrid, Instituto Miguel de Cervantes-CSIC, 1948 y José M^a. GUTIÉRREZ BALLESTEROS, *La imprenta en Sevilla*, Madrid, Tall. Graf. Góngora, 1956.

¹⁹ Entre estos últimos destacan: Aurora DOMÍNGUEZ GUZMÁN, *El libro sevillano durante la primera mitad del siglo XVI*, Sevilla, Diputación Provincial, 1975; Clive GRIFFIN, *Los Cromberger. La historia de una imprenta del siglo XVI en Sevilla y en México*, Madrid, Ed. de Cultura Hispánica, 1991; Aurora DOMÍNGUEZ GUZMÁN, *La imprenta en Sevilla en el siglo XVII, 1601-1650 (Catálogo y análisis de su producción)*, Salamanca, Secretariado de Publicaciones de la U. de Sevilla, 1992; Carlos Alberto GONZÁLEZ SÁNCHEZ y Natalia MAILLARD ÁLVAREZ, *Orbe tipográfico. El mercado del libro en la Sevilla de la segunda mitad del siglo XVI*, Gijón, Ed. Trea, 2003; Carmen ÁLVAREZ MÁRQUEZ, *La impresión y el comercio de libros en la Sevilla del Quinientos*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2007 y de la misma autora: *Impresores, libreros y mercaderes de libros en la Sevilla del Quinientos*, Zaragoza, Pórtico, 2009, 3 vols.

²⁰ Véase al respecto: Francisco ESCUDERO Y PEROSSO, *Tipografía hispalense. Anales bibliográficos de la ciudad de Sevilla desde el establecimiento de la imprenta hasta fines del siglo XVIII*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1894. (Ed. facsímil Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla, 1999); Francisco AGUILAR PIÑAL, "Relaciones desconocidas impresas en Sevilla en el siglo XVII", *Revista de Literatura*, XXXII, núms. 63-64, 1967, pp. 105-135 y del mismo autor, *Impresos sevillanos del siglo XVIII. Adiciones a la tipografía hispalense*, Madrid, CSIC, 1974.

²¹ Carlos Alberto GONZÁLEZ SÁNCHEZ, *Los mundos del libro: medios de difusión de la cultura occidental en las Indias en los siglos XVI y XVII*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1999.

reconstruida en sus líneas maestras²², así como el catálogo de su producción tipográfica, aunque esto último sólo para los siglos XVII y XVIII²³.

Tras una búsqueda exhaustiva por las tipografías existentes sobre las imprentas de Sevilla y Granada, que ha sido complementada con otras búsquedas en repertorios, catálogos y relaciones de impresos de la época²⁴, así como en la búsqueda directa en los fondos antiguos de las bibliotecas universitarias de ambas ciudades, he encontrado una decena larga de impresos sevillanos y granadinos que se hacen eco de las alianzas matrimoniales entre las monarquías española y francesa durante los siglos XVI, XVII y XVIII.

Las bodas que dejaron más impresos fueron, naturalmente, las de los reyes. Es lógico, porque siempre fueron vividas como acontecimientos importantes para los súbditos, especialmente cuando, como ocurrió en la mayoría de los casos, eran consecuencia de una paz que ponía fin a un periodo de enfrentamiento bélico. Durante el Antiguo Régimen era habitual sellar los tratados de paz con un compromiso matrimonial, es decir, reforzar la paz con una alianza dinástica, algo que ocurrió en repetidas ocasiones entre Francia y España. Estas uniones otorgaban a las princesas protagonistas un poder moral sobre sus súbditos, que valoraban la paz después de un periodo de hostilidades. Estos matrimonios despertaban, en consecuencia, una gran expectación en el conjunto social y es lógico que se compusieran relaciones para trasladar a la opinión pública los detalles de los mismos, relaciones que se imprimían por todo el reino. De los cuatro matrimonios que reyes o futuros reyes contrajeron con princesas francesas a lo largo de la edad moderna, en tres casos se imprimieron relaciones en Andalucía: en el tercer matrimonio de Felipe II, y en los de los príncipes

²² Véase al respecto: Manuel GÓMEZ MORENO, "El arte de grabar en Granada", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, IV, pp. 463-483; Antonio GALLEGO MORELL, *Cinco impresores granadinos en los siglos XVI y XVII*, Granada, Universidad, 1970; Juan MARTÍNEZ RUIZ, "Visita a las imprentas granadinas de Antonio de Nebrija, Hugo de Mena y René Rabut en el año de 1573", *Revista de dialectología y tradiciones populares*, XXIV, 1968, pp. 74-110; *Apud inelytam Garnatam: 500 años de imprenta en Granada, 1496-1996. Catálogo de la exposición...*, Granada, Universidad de Granada, 1996 y Cristina PEREGRÍN PARDO (coord.), *La imprenta en Granada*, Granada, Universidad de Granada, 1997.

²³ María José LÓPEZ-HUERTAS PÉREZ, *Bibliografía de impresos granadinos en los siglos XVII y XVIII*, Granada, Universidad de Granada-Diputación Provincial de Granada, 1997, 3 vols.

²⁴ *Catálogo de relaciones sueltas impresas durante el reinado de Felipe III*, en Luis CABRERA DE CÓRDOBA, *Relaciones sucedidas en la corte de España desde 1599 hasta 1614*, Madrid, J. Martín Alegría, 1857; Nicolás ANTONIO, *Bibliotheca Hispana Nova*, Madrid, 1672 y 1696 (2ª edición Madrid, Joaquín Ibarra, 1783-1788); Raymond FOULCHÉ DELBOSC, *Bibliographie hispanique*, Nueva York, Hispanic Society of America, 1902-1917; Jenaro ALENDA y MIRA, *Relaciones de solemnidades y fiestas públicas de España*, Madrid, Sucesores de Rivadeneira, 1903; Antonio PAZ, *Catálogo de «Tomos varios»*, Madrid, Biblioteca Nacional, 1938; Antonio PALAU Y DULCET, *Manual del librero hispano americano. Bibliografía general española e hispanoamericana desde la invención de la imprenta hasta nuestros tiempos, con el valor comercial de los impresos descritos*, Barcelona, Librería Anticuaria de Antonio Palau, desde 1948, 77 vols.; Mercedes AGULLÓ Y COBO, *Relaciones de sucesos I: Años 1477-1619*, Madrid, CSIC, 1966; José SIMÓN DÍAZ, *Impresos del siglo XVII: bibliografía selectiva por materias de 3.500 ediciones príncipes en lengua castellana*, Madrid, CSIC, 1972 y del mismo autor: *Relaciones breves de actos públicos que se celebraron en Madrid de 1541 a 1650*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1982; Juan DELGADO CASADO y Julián MARTÍN ABAD, *Repertorios bibliográficos de impresos del siglo XVI (españoles, portugueses e iberoamericanos)*, Madrid, Arco Libros, 1993; Antonio RODRÍGUEZ MOÑINO, *Diccionario bibliográfico de pliegos sueltos poéticos (siglo XVI)*, Madrid, Castalia, 1970; del mismo autor: *Nuevo diccionario bibliográfico de pliegos sueltos poéticos (siglo XVII)*, Madrid, Castalia, 1997 y *Suplemento al Nuevo diccionario bibliográfico de pliegos sueltos poéticos (siglo XVI) de Antonio Rodríguez Moñino*, Madrid, Academia del Hispanismo, 2014.

herederos los futuros Felipe IV y Luis I. No he encontrado, sin embargo, ninguna relación que se haga eco del primer matrimonio de Carlos II con M^a Luisa de Orleans. Del resto de los matrimonios entre infantas o infantes españoles con reyes o princesas francesas, solo he hallado un impreso relativo al enlace de M^a Teresa de Austria con Luis XIV, mientras que los demás no dejaron, que sepamos, su huella en impreso alguno en Andalucía. Parece lógico, si se tiene en cuenta que la hija de Felipe IV contrajo matrimonio con el rey de Francia, y además lo hizo como consecuencia de una paz, la de los Pirineos, que ponía fin a un conflicto armado de 24 años. El resto de los enlaces fueron de personajes más secundarios y es lógico que tuvieran menos repercusión, salvo el de la hermana de Carlos V, Leonor de Austria que también contrajo matrimonio con un rey de Francia, Francisco I, pero esta lo hizo en un momento en que la imprenta tenía todavía una débil implantación y las relaciones de sucesos aún eran un género poco frecuente; es, por tanto, menos llamativa la ausencia de relaciones sobre este evento.

A continuación, siguiendo una secuencia diacrónica, examinaré las relaciones que he hallado con pie de imprenta andaluz. El primero de estos enlaces del que he hallado testimonios impresos, el tercer matrimonio de Felipe II con Isabel de Valois, se produjo en 1560, como consecuencia de la paz de Cateau Cambresis del año anterior. Esta paz, a comienzos del reinado de Felipe II, ponía fin a una larga etapa de enfrentamiento con Francia durante prácticamente todo el reinado de su padre Carlos V. Por ello Isabel de Valois fue considerada como la “Reina de la Paz”²⁵. El P. Flórez, dos siglos más tarde se haría eco de esta denominación: “Como las paces habían sido tan deseadas, y esta boda fue vínculo de una larga concordia, mereció la novia el dulce sobrenombre de Isabel de la Paz, como Iris aparecida en el Hemisferio de estos Reinos después de tan largas y funestas tempestades”²⁶.

Solo he encontrado un impreso andaluz sobre esta boda, editado en la ciudad de Sevilla²⁷. Se trata de una breve relación, de cuatro páginas, que se centra en las ceremonias de los esponsales²⁸, que tuvieron lugar el día 2 de febrero de 1560 en Guadalajara, en el Palacio del Duque del Infantado, aunque en la relación no se consigna ni el lugar ni la fecha del acontecimiento. En ella se describe con minucioso detalle y siguiendo una secuencia temporal todo lo que ocurrió ese día en el palacio, de la mañana a la noche, desde que el príncipe fue recogido por una comitiva de caballeros y grandes en sus habitaciones, el encuentro con la reina en la galería de palacio, el cortejo hasta la capilla, la boda, la comida posterior con los nobles, el baile por la tarde, la cena posterior de los recientes esposos en privado, hasta que se retiraron a sus habitaciones. Proporciona mucha información sobre quienes formaban el séquito del rey, haciendo mención especial a los grandes²⁹, así como a las personalidades del alto

²⁵ Margarita GARCÍA BARRANCO, *Antropología histórica... op. cit.*, p. 154.

²⁶ Enrique FLÓREZ DE SETIÉN HUIDOBRO, *Memorias de las Reynas Cathólicas. Historia genealógica de la Casa Real de Castilla y de León*, Madrid, Antonio Marín, 1770, 2 vols. (ed. facsímil, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2002, 2 vols).

²⁷ *Relacion verdadera de algunas cosas que han acontecido en las bodas de nuestro muy alto y muy poderoso señor don Felipe Rey de España nuestro señor...* Impresa en Sevilla, en casa de Alonso de Coca, impressor en cal de la Sierpe [1560].

²⁸ La joven princesa, que solo tenía 14 años de edad frente a los 33 de su esposo, antes de abandonar su país había contraído matrimonio por poderes en la catedral de Nôtre Dame de París el 22 de junio de 1559, en una ceremonia en la que representó al novio el duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo.

²⁹ El marqués de Villena, el duque de Nájera, el conde de Benavente, el almirante de castilla, diversos miembros de la casa de Mendoza, don Diego de Córdoba, hijo mayor del marqués de Comares, etc.

clero que asistieron, oficiando la ceremonia el obispo de Pamplona, y a las damas que acompañaban a la joven reina. Presta gran atención a cómo se desarrolló el protocolo de los actos, e incluso a la música elegida para el baile: pавanas, gallardas, alemanas, así como a quienes interpretaron estas danzas, sin pasar por alto un detalle de valor simbólico y religioso: la bendición del lecho nupcial por el oficiante de la boda. El narrador, que se presenta como un testigo presencial de los hechos, se excusa de no describir, como era su deseo, cómo eran los vestidos de nobles y damas, “por ser muy tarde y dezirme que se parte un correo”, lo que da una fuerte impresión de inmediatez a la información que se proporciona; no obstante, da cuenta detallada de la indumentaria de los novios y de los padrinos, que vistieron “a la francesa”, describiendo con detalle sus ricos vestidos y valiosas joyas. Termina la relación prometiendo completar la información en otra relación posterior, lo que acentúa el carácter casi periodístico de estos impresos. No obstante, no he encontrado ningún otro impreso andaluz que corrobore esta intención.

El siguiente enlace con Francia tardaría más de medio siglo en producirse, no tendría lugar hasta 1615. Se trata del doble matrimonio real entre el rey de Francia Luis XIII y la infanta Ana de Austria, hija mayor de Felipe III y el del príncipe heredero de la corona española, el futuro Felipe IV, con la hermana de Luis XIII Isabel de Borbón. Este doble matrimonio centra un período de paz entre Francia y España que se extiende entre 1598 y 1621, sancionando la alianza entre las dos monarquías que se había llevado a cabo en la Paz de Vervins de 1598³⁰; luego puede ser considerado como una consecuencia, algo tardía, de esta última. Este tratado, que en cierto modo puede ser interpretado como una restauración de la Paz de Cateau-Cambresis, de la que copia el estilo de algunos pasajes, recomponía el equilibrio roto y volvía a las fronteras de mediados del siglo XVI. Junto con la proclamación del Edicto de Nantes, realizada unos días antes, ponía fin a las guerras entre católicos y protestantes en Francia y marca el comienzo de una nueva dinastía en Francia, la casa de Borbón. Aunque de momento el tratado de Vervins no fue ratificado con unos matrimonios reales, muy pronto se empezó a trabajar en esta línea, para complementarlo con un matrimonio, en un contexto en que los tratados de paz con otras potencias se suceden de forma generalizada por parte española³¹. Los matrimonios reales entre Francia y España, no obstante, tardarían en producirse. Cuando al fin lo hicieron, fueron acontecimientos que generaron un despliegue publicitario sin precedentes hasta entonces, con una gran producción de textos en ambos países, hasta el punto de haber sido considerados como un ejemplo privilegiado de publicidad monárquica, e incluso del nacimiento de nuevas formas de comunicación y conformación de la esfera pública³².

Conviene resaltar el hecho de que en este caso se trataba de una doble boda. En España fueron frecuentes las dobles bodas, alianzas en las que, al tiempo que se cedía

³⁰ Claudine VIDAL, Frédérique PILLEBOUE, *La Paix de Vervins, 1598*, Société archeologique et historique de Vervins et de la Thiérache, Fédération des Sociétés d’Histoire et d’Archéologie de l’Aisne, 1998; Lucien BÉLY, “La paix de Vervins: fille d’Enfer ou fille de Dieux”, en Jean-François LABOURDETTE, Jean Pierre POUSOU, Marie-Catherine VIGNAL, *Le traité de Vervins*, Paris, Presses de L’Université de Paris-Sorbonne, 2000, pp. 557-568.

³¹ Bernardo José GARCÍA GARCÍA, *La Pax Hispanica. Política exterior del duque de Lerma*, Leuven, University Presse, 1996; Paul C. ALLEN, *Felipe III y la Pax Hispanica, el fracaso de la gran estrategia*, Madrid, Alianza Editorial, 2001.

³² Este es el punto de vista de José María PERCEVAL, *Opinión pública y publicidad (siglo XVII). Nacimiento de los espacios de comunicación pública en torno a las bodas reales de 1615 entre Borbones y Habsburgo*, Tesis doctoral inédita, Universidad Autónoma de Barcelona, s. a.

una infanta para contraer matrimonio con un príncipe extranjero, se recibía una princesa extranjera como esposa. Era sin duda alguna un refuerzo de las alianzas, que contribuía a remarcar la endogamia social y que tenía como consecuencia no querida la multiplicación de la consanguinidad antes aludida. Margarita García Barranco, en su estudio sobre las reinas de España, señala que entre 1495 (fecha del doble matrimonio de los hijos de Isabel la Católica, Juan y Juana, con los hijos del emperador Maximiliano de Austria) y 1816 (segundo matrimonio de Fernando VII y de Carlos M^a. Isidro, con las infantas portuguesas Isabel y M^a. Francisca de Braganza), se concertaron nueve matrimonios dobles en la corona española, de los cuales solo se realizarían efectivamente ocho³³. Los dobles matrimonios, además de significar un refuerzo de alianzas entre los países que los contraían, suponían sustanciosas ventajas económicas para los reyes que los concertaban, puesto que solían implicar la anulación de las costosas dotes de las princesas³⁴, algo muy apreciado en momentos de apuros hacendísticos, una mal endémico en las monarquías absolutas, y por supuesto en la española. Es lo que ocurrió, por ejemplo, en estos de 1615. Con el intercambio de la infanta Ana de Austria con la princesa Isabel de Borbón, las cantidades de la dote fijadas para ambas princesas, “500.000 escudos de oro del sol”, no llegarían a pagarse, aunque si recibirían las princesas las cantidades estipuladas en las capitulaciones matrimoniales en concepto de regalos del novio a la novia y de seguro de viudedad³⁵.

Los “matrimonios españoles” –según la denominación recibida en Francia–, de 1615 generaron una nutrida producción impresa, tanto en Francia como en España, si bien fue mayor en el país vecino, dada la división de la opinión pública entre defensores y detractores de los mismos. Esta producción fue muy variada en cuanto a su forma de expresión: ensayo, crónica, relación de sucesos, prosa apologética, poesía cortesana, comedia, etc., además de originar una abundante producción iconológica, en grabados impresos, emblemas y cuadros conmemorativos, destinados todos ellos a publicitar el evento. En el caso de España, aunque Lope de Vega llegó a escribir una comedia de circunstancias sobre estos enlaces, que lleva por título *Las dos estrellas trocadas y los ramilletes de Madrid*³⁶, lo más frecuente fueron las relaciones de carácter narrativo, cuyo objetivo era trasladar a un público mucho más amplio del que pudo acercarse al evento, el curso de los acontecimientos en sus distintos momentos. Estas relaciones naturalmente fueron mucho más numerosas en la corte, donde era mayor el público ávido de estas informaciones, y las imprentas madrileñas se hicieron eco de los acontecimientos en abundancia. Pero también en otras ciudades, como Barcelona, aparecieron impresos relacionados con las bodas³⁷. En el caso de las imprentas andaluzas, estos enlaces son con gran diferencia los más ampliamente publicitados de todos los que se produjeron a lo largo de la edad moderna.

³³ Margarita GARCÍA BARRANCO, *Antropología histórica...*, op. cit., p. 169.

³⁴ *Ibidem*, p. 179.

³⁵ Una relación de las cantidades fijadas por estos conceptos, *Ibidem*, pp. 180-181.

³⁶ Sobre esta obra véase: Marcella TRAMBAIOLI, “Las dobles bodas reales de 1615: el triunfo del Lope personaje sobre el Lope cortesano”, *Bulletin of Hispanic Studies*, vol. 87, n^o 7, 2010, pp. 755-773 y M^a Soledad ARREDONDO, “Estrellas, flores y princesa como objetos en 1615: *Las dos estrellas trocadas y Los ramilletes de Madrid*, de Lope de Vega”, *Investigaciones feministas*, 2011, vol. 2, pp. 239-257.

³⁷ Alguna de ellas ha sido objeto de un estudio muy pormenorizado: Ana María MALDONADO CUNS, “La relación verdadera de López Maldonado y su paralelismo con las relaciones de la época para explicar la boda de Ana de Austria y Luis de Borbón”, en Jorge GARCÍA LÓPEZ y Sonia BOADAS (eds.), *Las relaciones de sucesos en los cambios políticos y sociales de la Europa moderna*, Barcelona, Universidad Autónoma, 2015, pp. 83-102.

Los primeros impresos que encontramos en Granada y Sevilla, que pueden relacionarse con este enlace, no hacen referencia al enlace mismo, sino a las relaciones entre Francia y España en los años anteriores, cuando se había restablecido la paz entre ambos países y se estaban negociando los matrimonios sin llegar aún a un resultado efectivo. Las primeras son dos relaciones de 1610, impresas respectivamente en Granada y Sevilla, que narran la coronación de la reina de Francia, María de Médici, el 13 de mayo de este año y el asesinato del rey Felipe IV al día siguiente. Ambos son una prueba del interés que en la sociedad española se había despertado por los asuntos de Francia y sobre todo del gran impacto que causó un acontecimiento como el magnicidio regio. Se trata de dos breves relaciones de cuatro páginas cada una, cuyo contenido coincide casi plenamente, aunque son muy diferentes tipográficamente. En la impresa en Granada se presenta el texto como una carta del embajador Don Íñigo de Cárdenas al rey Felipe III, dando cuenta de estos acontecimientos³⁸, mientras que la impresa en Sevilla, se omite esta referencia al embajador y se presenta como una relación sin autor³⁹. Aunque los dos relatos coinciden casi literalmente, en el impreso granadino se contienen algunos comentarios negativos, propios de una información confidencial entre un embajador y su rey, estos detalles se suprimen en el sevillano, que se presenta como una crónica dirigida a un público más amplio.

Comprenden ambos dos partes. En la primera y más amplia se hace un relato pormenorizado de la coronación de la reina María de Médici en Saint Denis. Comienza fechando el suceso (el 13 de mayo, según el relato granadino y el 3 de este mismo mes, según el sevillano, quizá por un error tipográfico) y describiendo con detalle el templo, lugar de coronación habitual de los monarcas franceses⁴⁰. Para dar más viveza al relato en ambos se compara con un templo madrileño, la Iglesia de San Jerónimo⁴¹, lugar donde se realizaban las ceremonias religiosas más importantes de la corte madrileña, y con referencias al mismo se va narrando cómo se distribuían los espacios. En la parte del coro se había colocado un tablado alto y en el centro, subiendo cuatro gradas, otro más elevado aún, con una silla con dosel, todo cubierto con terciopelo morado, bordado de flores de lis. Ambos tablados estaban cubiertos con alfombras. Bajo las cuatro gradas a la derecha se situaron dos sillas de tela de oro blanca y morada y completaban el tablado bancos pegados a la pared, cubiertos de tela blanca. Junto a la entrada del templo⁴², se ubicaron dos tablados más bajos, destinados a los invitados “algunos hombres, pero la mayor cantidad mugeres”, que ocupaban toda la capilla mayor, dejando un pequeño pasillo “de diez o doce pies de acho”. Detrás del altar mayor se

³⁸ *Copia de una carta que embio don Yñigo de Cardenas embaxador del Rey don Felipe Tercero nuestro Señor en Francia, a cerca de la coronación de la Reyna, y desgraciada muerte del Rey; que sucedió lo uno, y lo otro a treze, y a catorze de mayo deste año de 1610...*, Impresa con licencia en Granada, en casa de la viuda de Sebastián de Mena, año de 1610.

³⁹ *Verisima relacion de las fiestas que se hizieron en la coronacion de la Reyna de Francia en Paris, y orden con que todo se hizo. Assí mismo se da quenta de la muerte del rey de Francia como sucedio, y en que forma...*, Impreso con licencia en Sevilla por Bartolome Gomez, a la esquina de la Carcel Real. Año de 1610.

⁴⁰ En el impreso de Granada se dice que la iglesia estaba: “adereçada de buenas tapicerías lo más, y algunas muy ruynes y comunes y ninguna de oro”; en el sevillano se suprimen los aspectos más negativos para dar mayor impresión de riqueza: “Estava la iglesia adornada de muy buenas tapicerías, aunque ninguna de oro”.

⁴¹ “Para dar a entender mejor a vuestra Magestad de la manera que estava, presupondré que hablo de la Iglesia de San Jerónimo el Real de Madrid”.

⁴² Para explicar dónde estava ésta dice: “entravasse en esta iglesia por la puerta de la sacristía de S. Jerónimo en Madrid”

situaban los músicos, y delante del mismo, en el lado del evangelio en un tablado alto estaban situados los embajadores, -el nuncio, el embajador de España y el de Venecia en lugares preferentes-. En el lado de la epístola en un tablado más bajo se sentaron los cuatro cardenales, los arzobispos y obispos asistentes al acto. Sobre el altar, sin imagen, estaba la corona y las insignias de la ceremonia. Los príncipes de la sangre y bastardos del rey se situaron abajo, en otro tablado junto a la puerta; detrás de ellos se ubicaron los mariscales de Francia y otros oficiales. Sobre el altar mayor, en el lado de la epístola, frente al lugar donde se situaban los embajadores, había unas ventanas, con vidrieras, para el rey. Al pie de las gradas del altar mayor, en el suelo, sobre un paño bordado de flores de lis, estaban las armas del rey y de la reina.

La ceremonia transcurrió con gran solemnidad. Los invitados sentados todos en sus puestos esperaron la entrada del cortejo, iniciado por los embajadores. La reina venía precedida por una guardia de cien escoceses con casacas blancas y otros cien nobles franceses, que se colocarían en los bancos del tablado. Tras ellos venían “algunos trompetas vestidos de azul, con flores de lis” que se colocaron bajo el tablado, seguidos de los oficiales de la casa del rey y de la reina, capitanes de la guardia, mariscales de Francia y seis reyes de armas “con cotas de terciopelo morado”, el último de los cuales portaba las armas de Navarra, junto con las flores de lis. Después venían los príncipes de la sangre, casa de Lorena, e hijos bastardos del rey, seguidos de dos maceros. Por fin, la reina, conducida de la mano por los cardenales de Gondi⁴³ y Sourdis⁴⁴, iba “vestida una saya de terciopelo morado, forrada de armiños blancos, sembrada toda de flores de lis de oro, con un manto que nacía de la misma saya, con dos alones grandes sobre los ombros, al modo antiguo, y deste manto nacia la falda, la qual seria de doze baras de largo, y angosta por el fin de una bara, y por el principio de más de dos y media”. Le llevaban la cola las princesas de Condé y Conti y la duquesa de Montpensier, vestidas iguales, con los mismos tejidos y colores que la reina, excepto las flores de lis. A su vez, unos caballeros llevaban las faldas de estas damas. “La Reyna entró tocada con el cabello simple, y sin corona en la cabeça, ni joya ninguna, pero en los pechos y al cuello llevaba muy lindas joyas”. Las princesas que le llevaban la falda llevaban coronas ducales -solo de oro, sin pedrería la princesa de Condé y la duquesa de Montpensier, por ser viuda-, con abundante pedrería la de Conti. Tras la reina venía su hija mayor y la reina Margarita⁴⁵, vestidas ambas como las princesas y con una lista de flores de lis en el pecho, y coronas ducales. Después la duquesa de Guisa y otras damas de la corte. La reina se dirigió junto a las gradas del altar mayor y, tras hacer oración de rodillas, se situó en el tablado alto, sentándose en la silla colocada para ella, a su derecha se sentaron el delfín y su hermano y a la izquierda la reina Margarita, el resto del cortejo en los sitios reservados. Ofició la ceremonia el cardenal de Joyosa, vestido de pontifical. Dirigiéndose la reina al altar mayor, se arrodilló de nuevo y el oficiante le ungió la frente, los pechos y la espalda, le colocó primero una corona antigua y, quitándosela después, le colocó una “corona imperial, cerrada con muy ricas joyas”; y luego le pusieron un “cetro en una mano, levantados los dos dedos al uso de la casa de Borgoña, a significación de la justicia”. Dichas algunas bendiciones, la reina volvió a su sitio, al tiempo que “se oyó alguna artillería, trompetas y atabales y mucho ruido; y dizense derramó alguna moneda”. Después se ofició una misa de pontifical, en la que

⁴³ Pedro de Gondi (1533-1616), obispo y cardenal de París, fue capellán de Catalina de Médici.

⁴⁴ Henri d'Esoubleau de Sourdis (1593-1645), cardenal y arzobispo de Burdeos.

⁴⁵ Se trata de la reina de Navarra, Margot de Valois (1553-1615), esposa de Enrique de Navarra (más tarde Enrique IV de Francia), cuyo matrimonio con el monarca francés había sido anulado, lo que permitió su segundo enlace con María de Médici.

durante el ofertorio las damas de la reina presentaron para su bendición cuarenta medallas de oro con la efigie de la soberana, que recibió la paz del oficiante y comulgó en el mismo lugar donde había sido coronada. La ceremonia fue larga y solemne, había comenzado a las dos de la tarde y terminó a las seis.

El relato de Sevilla concluye aquí, pero el de Granada, que en realidad es una carta del embajador, añade en el texto el relato de un incidente protagonizado por el rey, que seguía la ceremonia desde la vidriera de la ventana del lado de la epístola, incidente que fue censurado y se suprimió en otras relaciones del acontecimiento, sin duda por la imagen negativa que aportaba del rey francés y quizá también para no quitar solemnidad al acto:

“Todo el tiempo que duró la ceremonia estuvo el rey en la ventana que he referido a vuestra Magestad, y en entrando en ella habló a los Embaxadores y nos dixo que hazia calor para estar en la Yglesia entre tanta gente, no pude dexar de maravillarme como quien no está usado de ver aquello. Estuvo con notable inquietud hablando y bullendo allí con unos y con otros, y mirando mugeres, y diziendo que se quitassen las máscaras, y cansándose de la vidriera la hizo quebrar, y los pedaços de los vidrios cayeron sobre quatro obispos que estavan vestidos de pontifical junto al altar, hirió al uno dellos, que lo vi concomerse y lastimarse, de que se le avian entrado por las espalda; y dentro de veyntiquatro oras le sucedio lo que le ha sucedido, a quien Dios aya perdonado”.

Llama la atención cómo el embajador, tras describir la actitud tan poco adecuada del monarca, en una actitud claramente providencialista conectó esta anécdota con su asesinato, ocurrido un día después, como si de un castigo divino se tratara.

La segunda parte de ambas relaciones está dedicada al relato del asesinato de Enrique IV, un suceso de amplio eco internacional y cuya importancia justifica que se escribieran relaciones que narraran tal acontecimiento. Es un relato mucho más corto. El día 14 de mayo, viernes, salió el rey en compañía de ochos caballeros, a pasear en coche como solía, cuando “llegó un hombre con un cuchillo de dos filos dio al rey tres puñaladas en los pechos, la una tan penetrante, que antes de llegar a palacio se le quitó el habla, y murió dentro de una hora, sin poderse confessar, aunque lo absolvió el cardenal de Surdi, por señales que hizo de contrición”. Después se da noticia de que al hombre que le hirió, la prendieron y declaró “que el diablo se lo hizo hazer” y que llevaba varios días intentándolo, la última vez el día antes de la coronación de la reina. No se dice el nombre del asesino, solo que es “francés, natural de Angulema, hombre de baxa suerte”⁴⁶. Por la ciudad de París se había corrido el rumor de que el asesino era español, lo que provocó gran inquietud. La reina mandó un recado al embajador don Íñigo de Cárdenas, ofreciéndole protección y, hallando mucha gente congregada ante su casa, se colocó una guardia de seguridad a su puerta y por la noche se llevó a cabo una ronda para proteger su calle, ya que toda la ciudad estaba en armas. Termina la relación dando noticia de que al día siguiente sería jurado el delfín como rey de Francia por el Parlamento⁴⁷.

⁴⁶ Se trataba del católico François Ravailac (1578-1610), que, según sus declaraciones, pretendía salvar a Francia de los herejes hugonotes.

⁴⁷ “A las seys de la mañana otro día salio el Delfin a caballo, y también la Reyna, y fueron ambos al Parlamento, donde despues de aver oydo el razonamiento, el Delfin remitió el suyo a su gran Canciller, y assi lo recibieron todos por su Rey, y Señor natural, y tocando las campanas de la Yglesia cantaron el Tedeum laudamus”.

Otro interesante impreso anterior a las bodas españolas, pero relacionado con ellas, es una relación impresa en Granada que describe el recibimiento de que fue objeto el duque de Feria a su entrada en París el ocho de septiembre de este mismo año de 1610⁴⁸, en su actuación como embajador extraordinario para ocuparse de los matrimonios reales. El nombramiento de embajadores extraordinarios que tenían como único cometido la negociación de los enlaces reales, solía ser una práctica común en las monarquías de la época. En este caso fue nombrado don Gómez Suárez de Figueroa, III duque de Feria, figura notable, más conocido como el Gran Duque de Feria, por el protagonismo militar que adquiriría más tarde, durante la Guerra de los Treinta Años⁴⁹.

La relación narra con detalle la embajada del Duque, desde su llegada a la antesala de la corte, la ciudad de Orleans, lugar donde salió a su encuentro el embajador permanente en aquellos momentos, don Íñigo de Cárdenas. El día 6 de septiembre estaba a cinco leguas de la ciudad de París, donde se añadió al cortejo el introductor de embajadores de la corte francesa, Monsieur de Buñoll. La entrada se concertó para dos días más tarde “día de nuestra Señora” por la tarde. El duque viajaba con un séquito de ochenta acémilas con reposteros bordados, que serían descargadas en el palacio que tenía preparado para alojarlo “colgado de tapicerías de oro y muy ricas camas y adereços”. El día fijado para el recibimiento salió “una gran caballería a recibir al duque [...] con coche de la Reyna”. Don Alonso de Pimentel vino por la posta desde Flandes a encontrarse con el duque y lo alcanzó antes de entrar en París. Se trajo la cena y la comida de la casa de la reina y se preparó en la residencia del duque. La reina de Francia, María de Médici, mandó publicar un pregón donde se protegía a la comitiva española, amenazando con “pena de la vida ninguno que se atreviese a burlar, ni a injuriar a los españoles”. La embajada fue realizada con doce coches enviados por la reina. En el primero iban los dos embajadores españoles y el introductor de embajadores, en los siguientes los gentileshombres del séquito español. El recorrido hasta palacio estaba guardado por cuatro compañías de infantería, con picas, arcabuces y mosquetes, y dentro del palacio real la guardia francesa con alabardas le condujo hasta la sala Tudesca. Con un precisa y detallada ceremonia, los embajadores pasaron “hasta la cámara donde estaba el rey, que es niño de nueve años, poco mas o menos de muy lindo parecer, estava en pie vestido de morado, arrimado a una silla junto a una cama también morada”, junto a él asistieron al acto el gran canciller de Francia, el duque de Guisa y otros altos personajes de la corte. Entrado el duque de Feria, hizo una reverencia ante el rey, y luego se cubrió, sin duda para mostrar su condición de grande de España. Se dirigió al joven monarca francés en español y este le contestó en francés, entregándole las credenciales del rey de España. Luego fueron los caballeros del séquito a besar la mano del rey, todos descubiertos. Concluida esta ceremonia, pasaron al cuarto de la reina, que aguardaba en compañía de dos de sus hijas niñas y de la reina Margarita, la princesa de Condé madre, la princesa de Conti, la duquesa de Guisa y otras damas. La reina y las infantas estaban bajo un dosel negro. Todas vestían de luto. El duque habló con la reina y le entregó una misiva personal del rey de España. Termina

⁴⁸ *Verdadera relacion, que da quenta de la forma, y aparato que el Duque de Feria (Embaxador extraordinario de su Magestad) entro en Francia, y su recibimiento en Paris en ocho dias del mes de Setiembre de mil y seyscientos y diez años, con las demas cosas que con aquellos Christianissimos Reyes le passaron.* Impreso con licencia en Granada, por Sebastian Muñoz, Año de 1610.

⁴⁹ Prestó amplios servicios al Estado: embajador extraordinario en Roma (1607) y Francia (1610), virrey de Valencia (1616), gobernador del Milanésado (1618), virrey y capitán general de Cataluña (1629), y nuevamente gobernador de Milán (1630), fue miembro de los Consejo de Guerra y Estado.

el relato diciendo: “Huvo general satisfacción en toda la corte, y el Duque fue muy bien visto, y es muy visitado por todos”.

La embajada extraordinaria fue fructífera, en enero de 1612 se llegó a un acuerdo sobre el casamiento, que fue aprobado por los consejos reales de ambos países los días 25 y 26 del mismo mes. El compromiso se hizo público y se celebraron fiestas públicas en París, para publicitar la decisión real⁵⁰. Es precisamente una relación de estas fiestas, impresa en Granada, el siguiente impreso alusivo a este tema que he encontrado entre los impresos andaluces⁵¹.

En ella se describen con todo lujo de detalles las justas que durante tres días se celebraron en París. Fueron promovidas por los duques de Guisa y de Nevers, el capitán de la guardia del rey y otros príncipes de la sangre, quienes a la antigua usanza hicieron un llamamiento a la defensa “de la belleza mayor del universo, que era la princesa de España y reyna suya” por medio de justas caballerescas. La relación se detiene pormenorizadamente en la descripción de todos los elementos del brillante espectáculo. Se aderezó la plaza elegida para que tuvieran lugar los juegos con una arquitectura efímera central que representaba el castillo de la felicidad, con cuatro puertas guardadas por las cuatro virtudes cardinales y coronado por las dos estrellas de Cástor y Polux, de quienes los marineros europeos toman buen pronóstico para sus viajes, además de otros emblemas y divisas. La plaza se cercó de tablados y galerías para los reyes y la nobleza. Participó en las justas lo más granado de la aristocracia francesa⁵², en cuadrillas de doce caballeros, un conjunto que pasaba de cien personas a caballo, todas ellas vestidas de tela blanca y encarnada. Les seguían los reyes de armas, con libreas de terciopelo rojo, cotas y armas reales y un carro de armas, tirado por seis leones. A continuación, una nueva carroza representaba una peña tirada por ocho grifos y sobre ella quince ministriles vestidos también con librea, seguidos por cuarenta pajes a caballo, revestidos con libreas, pasamanos de plata y lanzas con banderolas encarnadas y blancas. Los últimos portaban las divisas de los mantenedores de los juegos. Le seguía el carro triunfal de la gloria, con las figuras de la victoria y la gloria y en el centro la fama sobre una pirámide de plata, que sostenía en una mano una esfera y en la otra una trompeta, con un lema que decía: *No ay en el mundo otra tal*. El carro estaba cuajado de plata y oro y congregaba a su alrededor ochenta lacayos con la misma librea que los pajes. Dentro del carro, las sibilas cantaban himnos en honor de las bodas reales. Los mantenedores iban vestidos de raso encarnado, con recames de plata y oro y acompañados por cuarenta lacayos con las libreas de sus señores. Los jueces de campo venían acompañados de treinta trompetas, vestidos con tela azul con soles en las cimbras, adornadas de plumas. Después entraron cuatro lacayos con dos elefantes, que portaban sendas torres con las lanzas de los cuadrilleros con sus banderolas. De nuevo treinta caballos, llevados del freno por lacayos con librea, seguidos de una selva de laureles, tirada por Orfeo, con una suave música y representando a Dafne y Apolo. A continuación venía el duque de Vandôme con tres carros triunfantes y lo mismo el de

⁵⁰ José María Perceval, *Opinión pública y publicidad...*, op. cit., pp. 59-60.

⁵¹ *Las fiestas que se hizieron en París, por los felices casamientos de los Reyes de Francia, con los de España, sabido por relación muy verdadera, en este presente año de mil y seiscientos y doze*. (Datos del pie de imp. tomados de la licencia: Lic. de Don Gomez Zapata a Bartolomé de Lorenzana para que imprima la relación. Granada, 7 de junio 1612).

⁵² Según la relación participaron entre otros, el príncipe de Conti, el señor de Vendôme, hermano bastardo del rey de Francia, los duques de Montmorency, Longeville, Reims, los barones de Seyes y Saint Luc, y los señores de Saint Etienne, Buysuy y Brebron.

Conti⁵³. En uno de ellos, junto a diferentes trofeos, había dos coronas, que representaban a Francia y España, sostenidas por dos virtudes, la paz y la fortaleza, con un emblema que decía “De esta suerte se convienen”. Detrás el resto de los participantes, con sus carros, armas y caballos.

Así se hicieron las entradas triunfales durante los tres días que duraron las justas. Por la noche, en el castillo central de la plaza ardían los fuegos artificiales y se disparaban piezas de artillería y los más de cuatro mil hombres de la guarda disparaban sus arcabuces. “Avía infinidad de luminarias y luzes por las ventanas, de suerte que parecían las noches que no lo eran”. El narrador añade: “No se puede encarecer ni decir la hermosura de la plaza, el ventanaje, las damas, y lo demás que adornava aquella belleza”. De los más de mil quinientos caballos que participaron, no hubo ninguno que no estuviera vestido con finas telas, ni caballero que no luciese costosos pertrechos.

Cuando comenzaron las fiestas, los reyes cristianísimos mandaron a buscar al embajador de España, que se sentó junto a ellos en el palco principal, junto a la princesa Isabel (Madama Isabela, princesa de España, la llama ya el texto). Durante los tres días estuvo hospedado el embajador español en el palacio real, celebrándose espléndidos banquetes. “Todos los dichos mantenedores y aventureros quebraron con gallardía muchas lanzas en el estafermo” y, concluye el relato, “parecía que otra vez los Doce Pares de Francia con su Emperador Carlo Magno estaban presentes, no faltando en la plaza Roldanes, Reynaldos y Oliveros”. Se dio fin a las fiestas todos contentos “de tan alto bien que se espera de la unión de tan felicissimos casamientos de los Católicos Reyes de España”. Sin duda, una soberbia y pormenorizada descripción de los barrocos espectáculos públicos que sellaron el compromiso real.

En cuanto a las bodas propiamente dichas, he encontrado cinco relaciones impresas, cuatro publicadas en Sevilla y una en Granada, que narran los acontecimientos ocurridos en España y en Francia y permiten reconstruirlos con detalle pormenorizado. Por lo que se refiere a las relaciones sevillanas, aunque publicadas en diferentes imprentas, tres de ellas, por sus títulos, parecen haber sido concebidas como relatos que se continúan entre sí, publicados como entregas sucesivas.

La primera de ellas es una pormenorizada narración de la boda por poderes de la infanta Ana en Burgos⁵⁴ antes de su partida a Francia, pues, como solía ser habitual en los matrimonios reales, las princesas salían de su país ya casadas legalmente. El relato comienza a partir del día 17 octubre de 1615, “Sábado víspera de San Lucas por la tarde”, en el que comienza el ceremonial. El conde de Altamira “con grande acompañamiento de señores, galas y libreas” conduce a palacio al embajador de Francia, para que presente los poderes que le habían llegado de Francia para el desposorio con la infanta de Castilla. El embajador de Francia, tras presentar solemnemente estos poderes en un acto en el que besó las manos del rey, la reina y del príncipe heredero (Baltasar Carlos entonces), se dirigió al encuentro del Duque de Lerma que, según las instrucciones llegadas de Francia, debía representar en la

⁵³ Francisco de Borbón Condé, Príncipe de Conti (1558-1614), era hermano de Enrique de Borbón, príncipe de Condé.

⁵⁴ *Relacion de los felicissimos casamientos de los Reyes y Principes de España y Francia, quien fueron los interpretes, los prelados que los desposaron las solemnes fiestas que se hicieron y las personas de títulos que se hallaron en ellos... y otras cosas notables, y de mucho gusto.* En Sevilla, por Clemente Hidalgo, 1615.

ceremonia al monarca francés y novio. Esa misma noche comenzaron los festejos: “Aquella noche se pusieron luminarias por toda la ciudad y repique de campanas, tiros y coetes, y en palacio uvo un famoso sarao con grandes galas y bizarrías”.

Al día siguiente se celebraría el matrimonio por poderes en la catedral, donde se había montado un tablado alto, con un dosel para la familia real “todo cubierto de brocados y ricas sillas”. A las nueve de la mañana una solemne comitiva salió a recoger al duque de Lerma, que representaba al novio, en su casa. Iniciaban la comitiva veintiocho lacayos con librea de la casa real, les seguía una “silla de manos carmesí nueva, toda bordada riquísimamente con balaustres de plata”, los palafreneros con ricas libreas, después un coche todo él de plata y bordado, tirado por seis caballos, tras el cual iba su caballerizo, Don Carlos de Arellano. A continuación, treinta pajes del Duque, vestidos como los del rey, pero con los “brahones de las ropillas” azules. En la comitiva, como capitanes de la Guardia, estaban presentes los marqueses de Sieteiglesias y Camarasa. El cortejo desfiló por buena parte de la ciudad. Después salió la caballería real, que llevaba el caballo del rey, enjaezado de negro, y tras él los cuatro caballerizos del rey, los pajes a pie, y un coche riquísimo para la reina y los infantes, así como otros coches para las damas que asistirían a la ceremonia. Llegaron hasta palacio a esperar a las personas reales. Allí se unió a la comitiva una amplia representación de la nobleza, todos con ricos caballos y libreas: primero los caballeros de Burgos y entre ellos los Secretarios de Estado y Guerra, a continuación, los títulos y grandes de España.

La relación nombra a algunos de ellos: “el Almirante, y el de Cea, Pastrana, el de Altamira, el de Santistevan, Olivares, el conde de Cantillana, el mayorazgo del conde de Arus, todos con vestidos bordados, muchos oros, gualdrapas bordadas de oro, que se avian hecho aquí sobre apuesta”. El relator destaca la ausencia en la comitiva de los duques de Sessa y de Maqueda, que no se hallaban en Burgos y añade una crítica: “porque todo su gasto, y gala lo ordenan para las entregas en Irun a vista de los franceses, por hazer en esto lisonja al de Lerma, a quien van acompañar”. Es destacable el protagonismo que en estos acontecimientos desempeñó el valido real, duque de Lerma, que no desaprovechó una ocasión tan importante para desempeñar un alto protagonismo político, así como el papel que la aristocracia representa en estos solemnes ceremoniales que le servían para hacer ostentación pública de su preeminencia social.

La comitiva aguardó en palacio la salida de los reyes, que se incorporaron al cortejo, tras los títulos y grandes. El rey “de negro con capa y gorra de muchos oros, y piedras, y el Tuson encima, en un lindísimo caballo”. Tras él, en un riquísimo coche de plata, la reina “vestida de tela encarnada, y sus hermanos todos del mismo color, cargados de piedras preciosas y perlas”. Tras el coche de la reina iba el duque de Lerma, como caballerizo, quién por hallarse enfermo no iba a caballo, sino que hacía el recorrido en una rica silla prestada por el duque de Mantua. Lerma llevaba un “vestido de piedrería bordado, en la gorra llevaba una joya, que valia doze mil ducados”. Le seguía su caballerizo a caballo y todos sus pajes, detrás los caballerizos de los reyes todos con ricas libreas. Completaba el cortejo otro coche con las Duquesas de Cea, de Medina de Rioseco y la marquesa de Fuentes, y un último con otras señoras que el relator no especifica.

Se dirigieron todos a la Iglesia Mayor, donde les salió a recibir el cabildo catedralicio en procesión, “todos con capas”. Una vez en la capilla mayor, el duque de

Lerma mostró al arzobispo, que ofició la ceremonia, los poderes que tenía. Se celebró una misa rezada, cantando la real capilla el Gloria, Credo y diversos motetes. “Y acabada esta los casó, y todas las señoras, y damas vinieron una a una a besar la mano de la reyna”.

A las dos de la tarde se fueron a comer. “Comió en público el Rey, y la Reyna, el el príncipe, con la grandeza que se suele en este acto”. Por la noche hubo de nuevo sarao en palacio y la ciudad celebró una suntuosa máscara. Al día siguiente, lunes, la ciudad continuó los festejos con toros y juegos de cañas y el duque de Lerma celebró otro gran convite, para cuarenta personalidades, donde hizo ostentación de gran riqueza en muebles y menaje de plata, que el relator describe pormenorizadamente.

El relator se hace eco de los rumores que se vivieron sobre quién habría de celebrar la boda. Llama la atención que no fuera el nuncio, que solo asistió a la ceremonia como embajador y se situó entre los diplomáticos de las cortes europeas, aunque se rumoreaba que estaba allí para celebrar el enlace, que al final ofició el arzobispo de Burgos, que no supo que era el protagonista hasta la víspera. También cuenta la relación que, conocida en Madrid la noticia de la boda, se celebraron durante tres noches luminarias “que parecía que se ardía, y se hundía con el repique de todas las campanas de yglesias y monasterios”. El rey ordenó que en la corte se prepararan fiestas para la llegada de la princesa (Isabel de Borbón) a principios de noviembre, porque la entrega tendría lugar en Irún el día de Todos los Santos. El relator se hace eco de que solo la ciudad celebraría tres días de fiestas con máscaras, toros y juegos de cañas.

El relator proporciona también alguna información sobre el desposorio que paralelamente había tenido lugar en Francia, en la ciudad de Burdeos: “El duque de Guisa fue el que en Bordeos se desposó por el príncipe de España con la Francesica”, añadiendo el detalle: “estava de rodilla, y ella dizen que le echó los braços; y le dio osculo de paz en la frente en dando el si a uso de Francia”. También se hace eco de algunos rumores que acompañaron la partida de la comitiva regia hacia Irún: el arzobispo de Burgos, que pensaban iría acompañando a la reina, no lo hizo y en su lugar fue el de Pamplona, el monje benedictino Fray Prudencio de Sandoval.

Termina el relato con la partida de la comitiva. La reina, acompañada de Lerma, dejó Burgos el sábado 24 de octubre, con una rica comitiva de trescientas acémilas. Al día siguiente lo haría el rey con su hija. De nuevo el relator se hace eco de rumores, dice que no se sabe hasta dónde llegará el rey, pero que “un su criado añade que se cree llegará hasta Victoria, y que de allí tomará postas, y encubierto yrá a verla entregar”.

Otra relación sevillana, que está concebida como complementaria de la anterior y se denomina *Segunda relación*, narra la boda por poderes entre Isabel de Borbón y el heredero de España, el futuro Felipe IV, que paralelamente al enlace burgalés tuvo lugar en Burdeos⁵⁵. De esta *Segunda relación* se publicó una copia en Granada este mismo

⁵⁵ *Segunda relacion de los casamientos del Príncipe de las Españas, nuestro señor don Felipe IV, de este nombre, con la serenissima Madama Isabel de Bourbon hija mayor de los Reyes cristianísimos de Francia... Celebrados en la ciudad de Burdeus a diez y siete de octubre de 1615*. En Sevilla, por Francisco de Lyra, 1615. Fol. 2 hs.

año, pero que, al ser posiblemente la única publicada en esta ciudad, no lleva el adjetivo de segunda⁵⁶

Ambas comienzan por la presentación por parte del embajador de España ante el rey cristianísimo, de los documentos para la celebración en Francia del matrimonio por poderes, antes de la partida de la princesa hacia España. Don Íñigo de Cárdenas fue recibido en audiencia por los reyes: “Al lado de la Reyna estaban princesas, y al lado el Rey, Duques, Pares, Príncipes y prelados”, y les expresó la voluntad del rey de España de que el duque de Guisa representara al príncipe Felipe en la ceremonia. La carta con estos poderes fue entregada al Secretario de Estado, que la leyó en voz alta ante toda la corte. A continuación, el embajador se dirigió a la casa del Duque de Guisa, que estaba esperándolo acompañado de una amplia representación de la nobleza, y le entregó una carta del rey de España, que para él traía, aceptando el duque “con gran veneración y respeto”.

Al día siguiente, festividad de San Lucas, se celebraron las bodas. A las once de la mañana un cortejo de algunos señores, duques y pares, “muy galanes, con muy lucidas y bravas libreas”, recogió en su posada al embajador de España, y juntos marcharon a recoger al duque de Guisa, que representaría al novio en las ceremonias. “Era cosa de ver este acompañamiento, porque yva lucidísimo, muchos bordados, gran cantidad de pueblo, y algunas libreas bordadas muy lucidas, particularmente la del Duque de Guysa, que era muy linda”. Marcharon juntos a palacio, donde salieron a recibirles los capitanes de la guardia real, maestre de ceremonias, reyes de armas y maceros. Se dirigieron a una gran galería, donde esperaron media hora la aparición de la familia real. Por fin aparecieron el joven Luis XIII, la reina María de Médici y entre ellos la princesa prometida, Isabel: “Venía la princesa nuestra señora en medio del Rey, y su madre. El rey venía muy ricamente vestido, y la reyna de negro, como viuda, pero con algunas joyas, aunque pocas, las que sufren la costumbre de Francia en reynas viudas, que era una Cruz de diamantes y una sarta de perlas. La princesa nuestra venía de terciopelo morado, sembrada toda la saya de flores de Lys, y encima un manto de lo mismo aforrado de erminios. Tenía este manto alrededor una faja de seys flores de lys, que todo el manto tomaban alrededor, y en medio no tenía nada, tenya este manto una falda de veynete y seys varas de largo, toda ella aforrada de erminios”. La cola del traje era llevada por princesas de la sangre, duquesas, mujeres de duques y pares de Francia, por riguroso orden de protocolo. La novia lucía muy ricas joyas en todo el vestido y en la cabeza una corona imperial, cerrada por un león que tenía la mano levantada y una flor de lis en ella. Los reyes se sentaron y mandaron traer sillas para el embajador de España y para el duque de Guisa y departieron con ellos durante más de una hora. Después mandaron que viniera el Cardenal de Sourdis, que en estos momentos era el arzobispo de Burdeos, que officiaría la ceremonia.

La comitiva hizo el recorrido hasta la catedral con gran solemnidad. Primero los caballeros y personas forasteras, después la nobleza, luego los oficiales de la casa del rey, doce reyes de armas, duques, pares y dos maceros. A continuación, el embajador de España junto al duque de Guisa, cogido por su mano derecha, seguidos del rey, la reina

⁵⁶ *Relacion de los casamientos del príncipe de las España nuestro Señor don Felipe, quarto deste nombre, con la Serenissima Madama Ysabel de Borbon, hija mayor de los Christianissimos Reyes de Francia, con todas las ceremonias que en esto passaron desde 17 de Octubre hasta 18, que se celebraron los dichos casamientos, este año de 1615.* Con licencia, en Granada, por Martín Fernández, en la calle de Ossorio.

y la princesa; detrás de los reyes iban el caballero y el mayordomo mayor, los oficiales mayores y gentilhombres de cámara. Todo el recorrido hasta la iglesia estaba custodiado por la guardia francesa. Al lado del rey iban doce trompetas con el escudo real, que iban tocando durante el trayecto. Cien guardias escoceses, con cotas blancas y en formación en media luna cerraban el desfile. Todo el trayecto estuvo amenizado por los tambores de la guardia y las trompetas del rey. El relator, comenta una anécdota, que “no parece cosa dexar de referir”. Y es que entre los músicos estaban también previstos violones y chirimías, que quisieron ir en el lugar de las trompetas, lo que provocó un incidente, antes de que saliera el desfile, “una batalla de violones, trompetas y flautas y otros instrumentos de música que se hizieron cien mil pedazos, sin quedar violon entero y algunas trompetas rotas”.

La catedral de Burdeos estaba riquísimamente engalanada, con “ricas tapicerías, de las mejores que tiene la corona de Francia”, especialmente el coro y el altar mayor, “con riquísimos paños labrados de aguja de oro y seda”. Frente al altar mayor, sobre cuatro gradas, se colocó un “cadahalso de diez y ocho pies en quadro”, todo de terciopelo morado con flores de lis de oro, con dosel, donde se colocaron tres sillas de terciopelo con sus correspondientes almohadas, la del centro para la novia de color carmesí con leones bordados, la de la derecha, blanca, para el joven rey y la de la izquierda, negra, para la reina madre. A la derecha, en otro sitio con dosel algo más bajo, se situaron el duque de Guisa, que representaba al novio, y el embajador de España. Tras ellos, en bancos de brocado, se situaron los duques, pares, oficiales de la corona y el parlamento de Burdeos. A la izquierda, bajo otro dosel, estaba el cardenal Sourdis, vestido de pontifical, que ofició la ceremonia, y el obispo de Reims y otros prelados que actuaron como diáconos. Tras ellos, en otro tablado, estaban el nuncio, embajadores y mariscales de Francia. Una vez sentados los reyes y hecha una oración, oficiantes y contrayentes subieron al altar mayor. “La princesa nuestra señora junto con el Duque de Guisa se desposaron por palabras de presente, recibiendo las bendiciones en la forma de la Iglesia; y al velar a la Princesa nuestra señora tuvieron el velo el Obispo de Bayona, y el de Chartres. Al entregar las arras y el anillo, dixo el Duque de Guisa: En nombre del Rey de España, esposo de vuestra alteza, entrego este anillo y arras en señal de matrimonio. Su Alteza dixo: yo lo recivo en nombre del Principe de España”. Acabada la misa, se celebró un Tedeum, con gran solemnidad, acompañado de música. Cuando acabó, toda la comitiva volvió a palacio en el mismo orden. Eran las cinco de la tarde. Comenzó a disparar la artillería de la guarnición militar y se unió a ella la de los barcos del puerto, especialmente franceses, españoles y flamencos. Según el relator: “los baxeles que avia allí de la Rochela, y de otras partes de erejes se apartavan y no disparaban”. El municipio disparó también su artillería y “echo monedas por las ventanas. Toda la ciudad eran fuegos y alegría, que parecía que la ciudad se hundía”, concluye el relato.

Por último, en Sevilla se publicó una tercera relación alusiva a las bodas, continuación de las anteriores, donde se da noticia de los festejos celebrados en Burgos y de la renuncia de la infanta, Ana de Austria, a sus derechos de la corona española, así como de la partida de la comitiva hacia la frontera con Francia, para realizar la entrega de la princesa⁵⁷. Comienza relatando la función de caballos y el sarao que se celebró en

⁵⁷ Tercera relación de los felicissimos casamientos del Príncipe don Filipe nuestro señor con la serenissima Madama Isabela de Borbonn, y del Christianissimo Ludovico Rey de Francia con la Reyna doña Ana Maria de Austria. Y de la renunciacion que hizo de sus derechos a España en el Rey y su

Burgos la víspera de la boda de la infanta⁵⁸. Después da algunas noticias sobre la boda, en especial de cómo iban vestidos algunos nobles invitados, se centra de forma especial en el atuendo del duque de Lerma y en la comitiva que lo acompañó hasta la iglesia, en la que figuraban como caballerizos reales el conde de Olivares y don Rodrigo Calderón, que aún no había caído en desgracia⁵⁹. Pero también describe los atuendos de algunas personalidades de la aristocracia: el duque de Pastrana, los condes de Santisteban, Altamira y Monteleón. No se detiene en la ceremonia de la boda, aludiendo a que ya se ha dado noticia en otro papel⁶⁰. Se centra más en las fiestas celebradas durante los días siguientes: el lunes corrida de toros, de gran bravura, aludiendo a la muerte de un caballero en la misma⁶¹. A continuación, hubo un festejo de cañas, de seis cuadrillas de seis caballeros cada una, con una vistosa entrada, “porque con la diferencia de las galas parecía que querían escurecer al sol”. Ese día acudió a las fiestas el rey a caballo, actuando como caballerizo el Marqués de Velada, porque el Duque de Lerma estaba enfermo de tercianas. A la vuelta de los festejos, el rey iba rodeado de caballeros con hachas, que también rodeaban los coches donde iban la reina y sus hermanas y otras nobles, porque se había hecho de noche, el relator utiliza alguna metáfora para alabar al rey y las personas reales: “como hacía muy buena noche, parecían muy bien las luces, y mas los luzeros de España, con aquel Sol padre dellos, y señor nuestro”.

El día 12 de noviembre, se reunió el Consejo de Estado en el convento de San Agustín “donde está el santísimo Crucifixo, tan venerado y conocido por sus milagros”. En él Ana de Austria, ya reina de Francia, renunció a sus derechos a la corona de España⁶². Dos días más tarde (el viernes 14 de noviembre) la comitiva real abandonó Burgos camino de la frontera, donde tendría lugar la entrega de las princesas de esta doble boda. El relator describe minuciosamente el lujoso cortejo: lo iniciaba el carruaje de la recámara real, precedido de cuatro trompetas, con libreas con las armas reales, 177 acémilas cargadas, de cuatro en cuatro, lujosamente enjaezadas, con penachos de plumas y cascabeles. Les seguían los “oficios en razón de viandas”, 213 personas, y los oficiales mayores, con mazas de plata; después cuatro acémilas con aguaderas y cántaros de plata. A continuación de la recámara real, seguía la del duque de Lerma, 56 mulas, con reposteros de terciopelo con sus armas bordadas. Apunta el relator: “Los

padre. La salida de Burgos a su viaje hasta donde va S. M. con su hija, y espera de la serenissima Princesa de España, en Sevilla, por Alonso Rodríguez Gamarra, 1615.

⁵⁸ “Una encamisada de seis cuadrillas de seys cada una en diferentes trages, una de Franceses, otra de Flamencos, otra de Borgoñones, otra de Españoles, otra de turcos, y otra de aldeanos; las libreas fueron costosas. Dieron buelta a palacio, vista a la ciudad, y parecieron muy bien, y regozijaron toda la gente. Uvo sarao aquella propia noche en palacio, empeçoce a las onze, y acabose a las tres de la madrugada; dizen dançaron los príncipes con gallardía”.

⁵⁹ “Salió el duque de Lerma vestido de terciopelo negro bordado de perlas (que apenas se veía el terciopelo) a la Yglesia mayor en una silla bordada de oro, y veynte y quatro lacayos, y doze pages con la librea del Rey nuestro señor. Después de la silla se seguían doze moços de silla vestidos de terciopelo carmesí con passamanos de oro yvan como cavallerizos el Conde de Olivares, y don Rodrigo Calderon con muchos cavalleros. Seguiase luego un coche de seys cavallos bordado de oro y las guarniciones hasta las ruedas doradas; las libreas de los criados como las del rey”

⁶⁰ “Y aviendose celebrado las bodas (como se a dicho en otro papel) en la Yglesia mayor de Burgos, por mano del arçobispo della, salieron acerca de las dos de la tarde; y a la noche uvo sarao en palacio”.

⁶¹ “Aviendo dado un cavallero un garrochón desgraciado, de un bote echó en tierra al cavallero, y metiéndole un cuerno por el oydo yzquierdo, se le sacó por el ojo, y abocados le despedaçava sin poderle valer la gente que acudió a su socorro, murió el cavallero, el cavallo y el toro”.

⁶² En presencia del rey, del confesor real, del arzobispo de Burgos y del marqués de Laguna, en un acto que duró desde las doce hasta las cinco de la tarde, “La Reyna de Francia hizo donación al Rey su padre de todo el derecho que tiene a España”.

oficios van doblados, todo con largueza y prodigalidad”. Le siguen doce pajes gentilhombres del duque a caballo, después sus criados, delante de la silla del duque vacía, su coche y su litera. Completaban el conjunto seis carros largos, tirados por cuatro mulas cada uno, donde iban las mujeres del cortejo. La comitiva partió de noche y el rey y Lerma la vieron pasar desde palacio, detrás de las vidrieras. El relator calcula más de dos mil mulas, coches y literas con criados del rey, de los grandes y de la recámara de la reina y apunta que, según el alcalde de corte Márquez, “son menester cada día tres mil y trecientas hanegas de cevada” para alimentar las caballerías. El rey de momento se quedó en Burgos, abría la comitiva el duque de Lerma “en una litera forrada de martas”, acompañado de señores y criados. Luego pasó la reina, en su coche con el príncipe e infante don Carlos y sus hermanos, rodeados por la guardia vieja a caballo; después los coches de los duques de Uceda y del marqués de Velada, y por último otros coches de las damas “con tantos galanes cavalleros que parecía una primavera”. Por desgracia, la lluvia deslució el espectáculo⁶³. Termina la relación diciendo que el rey partió de Burgos el domingo, y que tenía previsto llegar hasta Vitoria, donde se despediría de su hija y esperaría a su esposa, Isabel de Borbón, para volver juntos desde Burgos a Valladolid y luego a Madrid.

Por último, otra relación, publicada también en Sevilla, en la misma imprenta de Clemente Hidalgo, continúa el relato de la entrega de la infanta y recibimiento de la princesa francesa en Irún⁶⁴. Comienza señalando que, mejorado el duque de Lerma de su enfermedad de tercianas desde el 21 de octubre, decidió hacer la jornada de las entregas a partir del día 24. Ese día salió la comitiva desde Burgos y el rey la acompañó media legua, hasta Nuestra Sra. de Gamonal, saliendo en un coche, con su hija a la que ya el relator da el tratamiento de reina de Francia. En Quintanapalla se publicaron los nombres de los gentilhombres de cámara del rey que asistirían a la entrega: los condes de Saldaña, Olivares, Paredes, Linares, Santistevan y el comendador mayor de Montesa, sumiller de corps, el duque de Uceda y su hermano el conde de Saldaña. El día 25 la comitiva durmió en Briviesca, donde el duque de Lerma “cenó más de lo que avia menester” y volvió a caer enfermo, lo que le obligo a quedarse en esta ciudad, decidiéndose que la entrega la hiciera su hijo, el duque de Uceda, con el mismo acompañamiento de casa y criados que su padre. El duque de Lerma regresaría a Burgos, donde aguardó a la comitiva real en compañía de la reina y del príncipe heredero. El día 26 el rey se incorporó a la comitiva y todos juntos fueron a dormir a Pancorbo. Continuó el séquito por Miranda de Ebro y el día 28 fueron a dormir a Vitoria, donde la comitiva hizo entrada con gran solemnidad, escoltada por un escuadrón de infantería de Álava, a cargo de don Diego Hurtado de Mendoza, diputado de esta ciudad. Allí descansaron un día que aprovecharon la princesa y su padre para visitar algún monasterio. El 30 se puso de nuevo en marcha el séquito y fueron a dormir a Salinas, primer lugar de Guipúzcoa, donde fueron recibidos por el virrey de Navarra con un escuadrón de infantería. Los días siguientes descansaron en Oñate, Villarreal y

⁶³ “Fue tanto lo que llovió al salir de la ciudad de Burgos, que en breve tiempo estaban como unas esponjas, los galanes que acompañan a las damas, como no perdían los estrivos sintieron bien esto; uvieron de valerse de fieltros, a cuya causa no an luzido las galas la centena parte que si hiziera buen tiempo”.

⁶⁴ *Relacion del efecto de la jornada del Rey don Felipe nuestro señor, y del entrego de la Christianissima Reyna de Francia, doña Ana Mauricia de Austria, su hija, y del recibo de la serenissima Princesa madama Isabela de Borbon: las ceremonias que en este acto uvo de la una y otra parte y su conclusión. Todo lo cual fue en Irun, lunes 9 de Noviembre de este presente año. Y de la partida a Francia y buelta del Rey nuestro señor con su nueva hija.* En Sevilla, por Clemente Hidalgo, 1615. Fol. 2 hs.

Villafranca. En este lugar se les unió don Íñigo de Cárdenas, embajador en Francia, que les informó de que la princesa Isabel de Borbón estaba ya en Bayona, acompañada del duque de Guisa y numerosos señores y caballeros de Francia, y que la reina (María de Médici) y su hijo (Luis XIII) aguardaban en Burdeos. El 3 de noviembre llegó la comitiva a Tolosa, donde se hizo entrada pública ante el virrey de Navarra, con salvas y la participación de más de dos mil soldados. Tal y como describe la relación, parece que en los actos de entrada en las distintas poblaciones la protagonista era la Reina de Francia recién casada, mientras que su padre Felipe III adoptaba una posición más secundaria, asistiendo a los actos de incógnito, entrando en su coche en compañía de los de su cámara. El 4 de noviembre llegaron a San Sebastián, donde de nuevo la recién casada hizo una solemne entrada, con salvas y castillos de fuegos artificiales programados por la ciudad. La nueva reina de Francia y su padre se aposentaron en casa de don Juan de Idiáquez. A esta ciudad llegaron gran cantidad de franceses, criados del rey y nobles titulados, que venían desde Bayona a conocer al rey de España y a su nueva reina. El duque de Uceda los agasajó con banquetes y regalos. El relator no omite alguna anécdota: “a un bufón del Rey de Francia que vino a Oñate, le hinchieron de joyas, vestidos, y dineros, y principalmente el Conde de Saldaña le dio una cadena de quinientos ducados, y el vestido que traía puesto aquel día, que era muy rico”. En San Sebastián descansaron varios días. El día 5 de noviembre el rey y su hija, la reina de Francia, oyeron misa en la Iglesia Mayor, yendo a pie desde su alojamiento “por la calle enlosada”, con gran acompañamiento de franceses y españoles. Por la tarde asistieron a la botadura de un galeón recién construido y visitaron un convento de monjas.

El día 7 partieron para Fuenterrabía, porque el día 9 estaban concertadas las entregas. Era sábado y amaneció lloviendo con mucha fuerza y continuó la lluvia durante todo el día. La travesía fue muy difícil y a la comitiva le sorprendió la noche antes de llegar a su destino. Llegaron “todos muy mojados y cansados; uvo grandes naufragios de personas, y bestias atascadas, literas quebradas, y otros trabajos y peligros”. A pesar de todo, la fortaleza de Fuenterrabía no suspendió las salvas de artillería y el recibimiento al rey. El domingo no fue bueno, pero el lunes día 9 amaneció sereno y con mucho sol. El rey salió a caballo y se fue a comer a Oyarzun, junto con los marqueses de Velada y Flores y alguna persona más de su séquito. La reina de Francia, su hija, salió en litera para comer en Irún. Mientras tanto se negociaron algunos detalles de las entregas y se pusieron bandos al respecto: solo participarían quinientos soldados de infantería y la guardia a caballo y durante las mismas no se dispararían salvas por ninguna de las partes. Mientras tanto la princesa Isabel de Borbón se hallaba al otro lado de la frontera, en un caserío cercano, “a dos tiros de mosquete”.

A las dos partieron al mismo tiempo reina y princesa, de modo muy calculado para llegar al mismo tiempo al río Bidasoa, frontera entre ambos países. Allí se habían levantado unas construcciones de madera para llevar a cabo la ceremonia de las entregas. A cada lado, dos casas iguales de madera, con dos tablados de gradas a los lados. En medio del río Bidasoa un corredor armado sobre cuatro barcas, dos de la parte de Francia y dos de la de España y a cada lado una gabarra con su corredor, que se alzaba con cuerdas. Todo estaba cubierto, en las casas colgaban tapicerías y doseles, con las armas de España y Francia “la de España era mejor, más adornada y mayor la casa”.

Reina y princesa entraron al mismo tiempo en las casas y bajaron las gradas hasta el embarcadero. En la gabarra española había seis soldados de la guarda tudesca y alemana, y en la francesa seis escoceses, de la guardia del rey. A la reciente reina de

Francia la acompañaba de la mano el duque de Uceda. Tomó asiento en una silla de terciopelo carmesí. Entraron en la barca todos los grandes y títulos que la acompañaban, dos o tres caballeros particulares, el Presidente de Hacienda y Gil Ramírez de Arellano. En la gabarra francesa embarcó la princesa, conducida por el duque de Guisa. Ambas llegaron a un tiempo al corredor construido sobre las barcas. Allí esperaban los Secretarios de Estado de España y Francia con los documentos para dar fe del acto. Reunidos ambos séquitos, besaron las manos de reina y princesa. Con la reina iban sus damas y la duquesa de Rioseco; con la princesa venía la duquesa de Nevers, hermana del duque de Guisa. “Allí se pidieron las dos cuñadas la mano una a la otra y se hablaron”, aunque dice el relator que no debió ser mucho, pues estuvieron allí muy corto tiempo, por la apretura de la mucha gente que estaba en el lugar. “Passo la Reyna a la barca de Francia, y la Princesa a la de España. Los duques de Uceda y Guisa pidieron testimonios de las entregas a los secretarios de Estado, y con esto se volvieron cada uno a su casa”. De nuevo el relator introduce la nota más humana y anecdótica:

“La Reyna de Francia iva alegre, y con la cara de risa y cierto hermosa. La princesa viene un poco señalada de viruelas, pero es también hermosa, el pelo castaño y muy buenos ojos, vino vestida a la Española, y la reina de Francia fue a la Francesa”.

Después de la ceremonia de las entregas algunas damas francesas pasaron a ver la casa de España, donde fueron servidas y regaladas. Para el acto acudieron a la frontera unos 300 caballeros de las guardias del rey de Francia, mientras que por parte española solo había un centenar de caballeros de la guardia vieja de Castilla, pues no llegó la caballería de Navarra, que estaba prevista. Enseguida partieron las comitivas, una hacia San Juan de Luz, otra hacia Irún. Concluye el relato informando que la princesa fue a dormir el martes a San Sebastián, y con el rey hacen el camino de vuelta a Burgos, por el mismo camino que fueron, “y en todos los lugares hacen muchas fiestas y regocijos”.

El siguiente impreso relativo a bodas reales que he encontrado editado en Andalucía, es una relación impresa en Sevilla en 1649 que se hace eco en la recepción en la corte madrileña del duque de Agramont, embajador extraordinario del rey de Francia Luis XIV, para negociar su boda con la infanta M^a Teresa de Austria⁶⁵. No se trata, por tanto, de una relación de la boda misma, que, como es bien sabido, fue

⁶⁵ El impreso sevillano, citado por Escudero Persosso es el siguiente: *Relación de la entrada, que en la villa de Madrid, Corte y Silla de los Catholicos Reyes de España hizo el Excelentísimo señor Mariscal Duque de Agramont, Governador de Viarne, Burdeos y Bayona, Embaxador Extraordinario del Sr. Luis XIV, Christianissimo Rey de Francia, cerca de los felices casamientos de aquella Magestad con la Serenissima señora Doña Maria Teresa Bibiana de Austria y Borbon, Infanta de España y de la grandeza y ostentación con que se hizo este recebimiento, hasta besar la mano a los Reyes nuestros señores; y el combite ostentoso, que el Excelentísimo señor Don Juan Alfonso Henríquez de Cabrera, Almirante de Castilla, hizo al dicho señor Mariscal, y a los Monsiures sus Camaradas, Sevilla, Juan Gomez de Blas Impressor mayor de dicha ciudad, 1659. No he podido encontrarlo, pero si este otro, impreso en Madrid, que puede ser el impreso original, del que el sevillano podría ser copia: *Relacion breve de la solemnissima entrada, que hizo en la villa de Madrid, Corte y Silla de los Catholicos Reyes de España el Excelentísimo señor Duque de Agramont, Embaxador Extraordinario del Christianissimo Rey de Francia, Luis Decimo Quarto, cerca de los felices casamientos de aquella Magestad con la Serenissima señora Doña Maria Teresa de Austria y Borbon, hija del catholico rey, y de la esclarecida y Serenissima Reyna Doña Isabel de Borbon, digna de inmortal memoria Señores nuestros, y a las pazes de las dos Coronas, grandeza de su recibimiento y acompañamiento. Compuesta y escrita por Alvaro Cubillo de Aragon, Madrid, por Andrés García de la Iglesia, 1659.**

también fruto de una paz, la de los Pirineos⁶⁶, y que se celebraría un año más tarde, sino de una de las brillantes ceremonias a las que su negociación dio lugar.

El jueves 16 de octubre de 1659 hizo su entrada en la corte española el duque de Agramont, mariscal de Francia, que venía a España en embajada extraordinaria, con un séquito más de 50 títulos de Francia, gentilhombres y cargos de su casa, cuyos nombres recoge detalladamente la relación, además de pajes, lacayos y otros sirvientes de sus estados. En el lugar de Maudes, a las afueras de Madrid, fue recibido por el conductor de embajadores, don Cristóbal de Gaviria, Teniente de Capitán de la Guardia española y caballero de Santiago, acompañado por Andrés de Bustillos, Teniente del Correo Mayor de España y por los condes de Oñate y Villamediana. Se le cumplimentó con la ceremonia habitual⁶⁷. La comitiva de españoles y franceses emprendió la marcha con riguroso protocolo. Entraron a Madrid por la puerta de Alcalá y se dirigieron juntos a palacio, en un recorrido por las calles de Alcalá, Puerta del Sol, calle Mayor y Platería. Una escuadra de soldados de la guardia española despejaba el camino. En la puerta del alcázar fueron recibidos por el almirante de Castilla.

A continuación, con gran solemnidad, presentó sus cartas credenciales ante el rey, en el salón del trono de palacio. Después pasó a los aposentos de la reina, cumplimentándola también. Acabada la ceremonia, tras ser festejado por el almirante y personas que lo acompañaban, salió de palacio y en coche se dirigió “a su posada, que es en las casas de don Antonio de Alossa, donde tenía prevenido aposento, digno de tal señor”. No detalla ningún aspecto más este breve impreso.

Por último, el impreso más tardío entre los andaluces relativos a bodas reales hispano-francesas que he encontrado es una relación también editada en Sevilla, que narra las fiestas que se celebraron en Madrid con motivo de la boda del príncipe de Asturias, el futuro Luis I, con la hija del duque de Orleans, regente de Francia, Luisa Isabel de Borbón, princesa de Montpensier y el compromiso de la infanta Mariana Victoria con Luis XV⁶⁸. También en este caso estos compromisos fueron fruto del tratado hispano-francés de marzo 1721, que ponía fin a la guerra de ambos países declarada en 1719. En el otoño de 1721 se concertaron ambas uniones, que se formalizaron en el caso del príncipe de Asturias en un matrimonio efectivo, pero que en el caso de la infanta Mariana Victoria, solo se tradujeron de momento con su marcha a Francia para que se educara allí, ya que apenas contaba con tres años de edad. Las alianzas formaban parte de un plan urdido por la reina Isabel de Farnesio, segunda esposa de Felipe V, para conseguir enlaces favorables para sus dos hijos mayores, que se completaría al año siguiente al concertar otro futuro matrimonio de su primogénito, el

⁶⁶ Daniel SERÉ, *La paix des Pyrénées: Vingt-quatre ans de négociations entre la France et L'Espagne (1635-1659)*, Paris, Honoré Champion, 2007.

⁶⁷ El introductor de embajadores “puso en la mano del Excelentísimo Señor Duque Embaxador, el açote, bolante espuela de su cavallo, con empuñadura de plata y látigo de seda, quedándose con otro semejante para si”.

⁶⁸ *Relacion de los plausibles festejos, que se han executado en la Villa y Corte de Madrid a los felices Consorcios de su Magestad Christianissima con la Serenissima Infanta de España Doña Mariana Victoria, y del Serenissimo Señor Principe de Asturias con la Serenissima Señora Doña Isabela de Borbón, princesa de Mompensier; Descrivense los Fuegos, Mogigangas, Máscara, y adorno de las calles, renovación de la Plaza mayor a la salida de sus Magestades a dar gracias a Nuestra Señora de Atocha, todo a dirección y desvelo del Señor Don Francisco Salzedo, Marqués de Vadillo, Corregidor de la Coronada Villa de Madrid,... en Sevilla, en casa de Francisco Sanchez Reciente, Impresor con inteligencia latina, en la calle da la Sierpe.*

infante don Carlos, el futuro Carlos III, con mademoiselle de Beaujolais, Felipa Isabel, quinta hija del duque de Orleans y hermana de la entonces princesa de Asturias⁶⁹. Una triple alianza matrimonial que solo se hizo efectivo en el caso del príncipe de Asturias, pero que acabaría frustrándose en el caso de los infantes, por razones dinásticas y políticas⁷⁰.

La relación no lleva fecha, pero debió imprimirse como mínimo a partir de febrero de 1722, pues alude a unos festejos que tuvieron lugar durante el carnaval de este año⁷¹. Está escrita en verso, en estrofas de cuatro versos octosílabos, que toman la forma de un romance, y efectivamente lleva al inicio la denominación de “Romance histórico”. Comienza con el reconocimiento de la plaza mayor de Madrid, por los maestros de obras, por orden del corregidor, antes de la celebración de los festejos⁷². Se reparan los sitios que amenazan ruina, se reconocen los balcones, se revocan las fachadas, todo se pinta de azul y blanco, y se decora con pinturas de dinteles, follaje, y otros elementos decorativos. Se retoca así mismo la fachada de la real panadería, especialmente su balcón principal, con pinturas y estatuas de modo que “quedó hecha una joya”⁷³. El 15 de febrero comenzaron las fiestas, coincidiendo con el domingo de carnaval. La plaza se iluminó con hachas y faroles, se decoró con diversas arquitecturas efímeras que después serían pasto del fuego. Representaban primero un jardín rodeado de cipreses, que en lo alto tenían cartelas con los nombres de los dos reyes, las dos reinas, el regente, duque de Orleans y de su hija la princesa. “Luego que aquesta vistosa/ invención quedó en pavesas” sobre un tablado se representó una marina y un puerto, con seis galeras, y en la parte superior dos obeliscos y una representación del coloso de Rodas por debajo del cual pasaban los navíos, que combatieron entre sí. El lunes por la noche los gremios costearon una mojiganga, en la que intervinieron más de 200 parejas, para provocar la diversión y risas del público⁷⁴. Cerraba el cortejo un carro triunfal con las ninfas. Tras una serie de juegos de mano, luz y emblemas, ardió un castillo de fuegos artificiales. El día más grande fue el martes de carnaval. El rey y la reina fueron a dar gracias a la Virgen de Atocha. Todo el recorrido estaba adornado con cortinas de variados colores. La gran fuente de la villa estaba embellecida con tapices y macetas, rodeada también con emblemas exaltando a las dos monarquías. La platería estaba toda adornada con elementos geométricos, montes de oro y plata, escudos de diamantes y aljófara con los nombres de las personas reales. El arco de entrada principal a la plaza mayor estaba decorado con cristales, cantoneras doradas, huecos de plata y verde, estatuas de jaspe y sobre el dintel una fuente en un cenador. En la entrada a la plaza denominada de la Provincia, frente a la primera, otro arco aparecía también adornado

⁶⁹ Sobre las “triples bodas hispano-francesas” –así las llama- véase M.^a de los Ángeles Pérez Samper, *Isabel de Farnesio*, Barcelona, Plaza y Janés, 2003, pp. 157-168 y 201-203.

⁷⁰ A la muerte del duque de Orleans, valedor en Francia de los enlaces, el duque de Borbón cambió de planes. La temprana edad de Mariana Victoria haría esperar demasiado la descendencia en Francia, por lo que se rompió el compromiso y la infanta fue devuelta a Madrid en 1725. En respuesta a esta ruptura, que provocó un gran disgusto a Isabel de Farnesio, la novia del infante Carlos, Felipa Isabel, que se estaba educando en España, fue devuelta también a Francia, junto con su hermana, ya viuda de Luis I (M.^a de los Ángeles Pérez Samper, *Isabel de Farnesio...*, *op. cit.*, pp. 201-202).

⁷¹ Estos festejos fueron reseñados en la Gaceta de Madrid de 24 de febrero de 1722 (M.^a de los Ángeles Pérez Samper, *Isabel de Farnesio...*, *op. cit.*, pp. 164-165).

⁷² “una de las maravillas/del Orbe, y oy la primera/ la gran Plaza de Madrid/ (con nombrarla elogios cesan/ esta por sus alarifes/mando la reconocieran/si sus cimientos antiguos/ podrían bien mantenerla”.

⁷³ “Toda quedó hecha una joya/ la plaza, siendo la perla/ la Real Panadería/ según luze y reverera”.

⁷⁴ Dice el texto, parejas “tan ridículas y estrañas/ adornadas y compuestas/ que recreaban la vista/ dando a la risa materia”.

con arquitecturas, cornisas, cenefas, estatuas, rematando su cimera dos del sol y la luna. La fuente de la provincia también se decoró profusamente con columnas diversas, imitando plata y flores, y coronando su cúpula la Fama y Apolo. En las entradas de todas las Iglesias del recorrido había doseles con retratos de las personas reales. El gran atrio de la Iglesia de Atocha estaba todo rodeado de ricos tapices de plata y seda. Los reyes fueron al santuario en carroza, y fueron aclamados por el pueblo y la nobleza. A la vuelta del santuario estaba ya toda la plaza mayor iluminada y tuvo lugar entonces una gran máscara, en la que participaron 48 parejas con trajes muy lucidos, actuando de padrinos los duques de Medinaceli y el de Arcos. Después del alarde, hubo fuego de las galeras y de nuevo hubo más fuegos artificiales, dando fin al festejo⁷⁵.

Las relaciones de bodas reales como instrumentos de propaganda de la monarquía

Tras el pormenorizado análisis de estos testimonios en impresos andaluces sobre las bodas reales, merece la pena hacer algunas reflexiones que sirvan para que, por encima de los casos concretos, se puedan establecer algunas conclusiones sobre el papel que estas relaciones cumplían en la sociedad de la época.

Las bodas reales eran acontecimientos muy relevantes para la familia real y para la monarquía, a través de los cuales se aseguraba la continuidad dinástica de la institución; tenían, por tanto, una importancia trascendental. Estas bodas se aprovechaban para establecer alianzas con otras potencias. Pese a la rivalidad latente y siempre presente entre las monarquías española y francesa, especialmente durante los siglos XVI y XVII, tuvieron lugar bodas entre miembros de ambas dinastías, que sirvieron para fortalecer alianzas, sobre todo tras la firma de paces que ponían fin a etapas de conflicto abierto entre ambos países.

La celebración de estas bodas reales, con todo el conjunto de actos a los que daban lugar y que se dilataban en el tiempo durante meses incluso -desde el envío de embajadores extraordinarios para su negociación, establecimiento de los compromisos, bodas por poderes de las princesas en los países de origen, comitivas de desplazamiento hasta el país vecino, entrega de las princesas en las fronteras, y esponsales religiosos una vez llegadas a su nuevo país, con sus esposos efectivos-, eran sin duda alguna brillantes acontecimientos jalonados de festejos en cada uno de los pasos de su largo itinerario, que proporcionaban a la monarquía ocasiones privilegiadas para hacer ostentación de su poder político y económico. Las amplias y brillantes comitivas, el lujo y profusión de ceremonias, vestidos y cortejos, así como los brillantes festejos a que estos acontecimientos daban lugar, no solo proporcionaban una ocasión privilegiada para mostrar la riqueza y el fasto de una de las monarquías más poderosas y ricas de mundo ante la potencia con la que se contraían las alianzas, en este caso Francia, sino también ante otras potencias europeas, que se hacían presentes a través de sus embajadores invitados a los actos más solemnes. Una boda real era, sin duda alguna, una ocasión de lucimiento ante otras potencias.

⁷⁵ “Aquí dio fin el festejo/ en honor, y reverencia/ de los Catolicos Novios/ conque ahora solo resta/ pedir al cielo se logren/ siglos, y edades eternas./ Victor su corregidor,/ que generoso se emplea/ en festejar a sus reyes/ con tanta magnificencia”.

También eran una buena oportunidad para que la monarquía estrechara lazos con sus súbditos. En primer lugar con la nobleza, clase rectora del país, que participaba muy activamente en los actos, formando parte del séquito real y patrocinando y costeadando muchos de los festejos que tenían lugar. Con esta colaboración este grupo social podía hacer patente frente al conjunto de la sociedad su poder político, su colaboración con la corona e incluso el lugar de preeminencia de algunos de sus miembros disfrutaban dentro del estamento. Pensemos, por ejemplo, la importancia que para algunas de las altas personalidades de la aristocracia, como los duques de Lerma o Guisa, podía significar el representar a la persona del propio rey en actos tan trascendentales como sus matrimonios por poderes con princesas extranjeras en sus países de origen. Es lógico que la aristocracia, que tenía ocasión de tomar parte con un cierto protagonismo en estos actos, echara los restos en su participación activa y sobre todo económica en unos festejos que, aunque en principio fueran gravosos para ella, a la larga se convertían en rentables inversiones que más tarde ser verían recompensadas en forma de confianza y amistad real, e incluso que en no pocas ocasiones podría materializarse a través de mercedes, pensiones, encomiendas y otros beneficios inmateriales e incluso económicos para el linaje.

Pero no hay que olvidar tampoco la significación que estos acontecimientos tenían para los territorios y para el conjunto de los súbditos. La elección de los lugares donde tenía lugar la celebración de las bodas, así como los recorridos por distintos territorios para acompañar los séquitos cortesanos que conducían a las princesas camino del extranjero, o las recibían en su país de llegada, daban lugar a solemnes recibimientos en ciudades y pueblos que exigían la colaboración de las autoridades locales que tenían ocasión de compartir jornadas con sus reyes y rendirles pleitesía durante los días transcurridos en ellos, contribuyendo a estrechar los lazos de estas autoridades con la corona. En cuanto al conjunto de los súbditos, las bodas reales, con toda su parafernalia de festejos y ceremoniales lujosos y barrocos, en los lugares donde se celebraban venían a romper la rutina de unas vidas de las gentes sencillas, marcadas por la dureza del trabajo y las condiciones de vida, haciéndoles participar, ya fuera como meros espectadores pasivos, de una grandeza y un lujo que podían permanecer en sus memorias y hacerles sentir que formaban parte de una monarquía poderosa, regida por unos reyes extraordinarios. Qué duda cabe que estos acontecimientos proporcionaban a la corona una ocasión de estrechar los lazos de la monarquía con sus vasallos.

Por todo ello, no es de extrañar que el eco de estos acontecimientos se intentara multiplicar por medio de la propaganda escrita, materializada a través de relaciones de sucesos, que contribuían a multiplicar la resonancia de los eventos y a su difusión en lugares y públicos más amplios de los que se veían implicados directamente en los acontecimientos mismos. Las relaciones de las bodas propiamente dichas, así como las de otros acontecimientos relacionados con ellas, tuvieron pronto una amplia difusión, multiplicada sobre todo a través de la imprenta. No es descabellado pensar que la propia monarquía e instituciones del estado estuvieran detrás del impulso de esta difusión. En algún caso, como en el hecho de que se trate de cartas escritas entre los embajadores y el rey, se pone de manifiesto que estos escritos de carácter propagandístico se daban a las prensas con la aquiescencia real. Pero no puede negarse tampoco que pronto surgió una labor “periodística” que acudió a cubrir este objetivo, dando así respuesta a una demanda que, sin duda, existía en un sector social relativamente amplio por conocer estos acontecimientos. No es casual que la mayoría de estas relaciones impresas procedan de las prensas de la corte. No sólo en Madrid había una de las imprentas más

sólidas del país, sino que sobre todo en Madrid se concentraba el público ávido de estas informaciones, un público en principio alfabetizado y capaz de leer estos relatos, aunque no se pueda desdeñar su difusión algo más amplia entre un público iletrado a través de la lectura en voz alta a la que estos breves impresos de carácter periodístico-informativo eran bastante proclives.

Sin embargo, la producción de estas relaciones, siendo mayoritaria en la corte, no se redujo a ella. En mucha menor medida que en Madrid, en otras ciudades de la monarquía, donde la imprenta estaba suficientemente asentada y donde había un público potencial que podía adquirir estos impresos, también se editaron estos relatos, en ocasión meras copias de los impresos madrileños, a los que se cambiaba el pie de imprenta y la tipografía. A pesar de que la conservación de este tipo de relaciones ha sido pasto del tiempo y de numerosas pérdidas debido a su brevedad y escaso valor económico, han quedado ejemplos suficientes como para pensar que los relatos de las bodas tuvieron una difusión relativamente importante en otras ciudades de la monarquía. Los ejemplos de Sevilla y Granada, nos ilustran suficientemente en el caso andaluz. Si se imprimían en esta región este tipo de relatos era porque había una cierta demanda de esta literatura y un público capaz de consumirla y de justificar la inversión que los impresores de la zona realizaban de unos impresos destinados a la venta sin duda alguna.

En cuanto a los impresos mismos, el análisis bastante pormenorizado que hemos realizado sobre los andaluces encontrados, es bastante clarificador de cuáles eran las cuestiones que interesaban al público potencial lector de los mismos. El público amplio estaba ávido por conocer sobre todo los detalles de fastos y ceremonias, de grandes comitivas, de las fiestas religiosas, de las arquitecturas efímeras, de los lujosos atuendos de los protagonistas, sus lujosos vestidos y valiosas joyas, todas ellas cuestiones a las que el público en general solo podía tener un limitado acceso en las ciudades donde se desarrollaban los acontecimientos, y sobre los que en el resto del país solo cabía acercarse a través de la imaginación, facilitada por medio de un relato, lo más pormenorizado posible, que permitiera al común de los mortales vivir, aunque fuera a distancia, ese fastuoso y extraordinario mundo de lujo y boato, al que no tenían acceso en sus vidas mucho más modestas.

Que duda cabe que estas relaciones, además de cumplir una función social de cohesión y consolidación de los súbditos en sus distintas esferas en torno a la monarquía, constituyen hoy día una fuente impagable para conocer la vida cortesana, las fiestas y ceremonias de la monarquía e incluso un aspecto de la vida de los monarcas y de la familia real que, aunque pueda parecer anecdótico, estaba preñado de un fuerte valor simbólico.